

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1863. — TOMO XXII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.  
Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

AÑO 22. — N° 553.

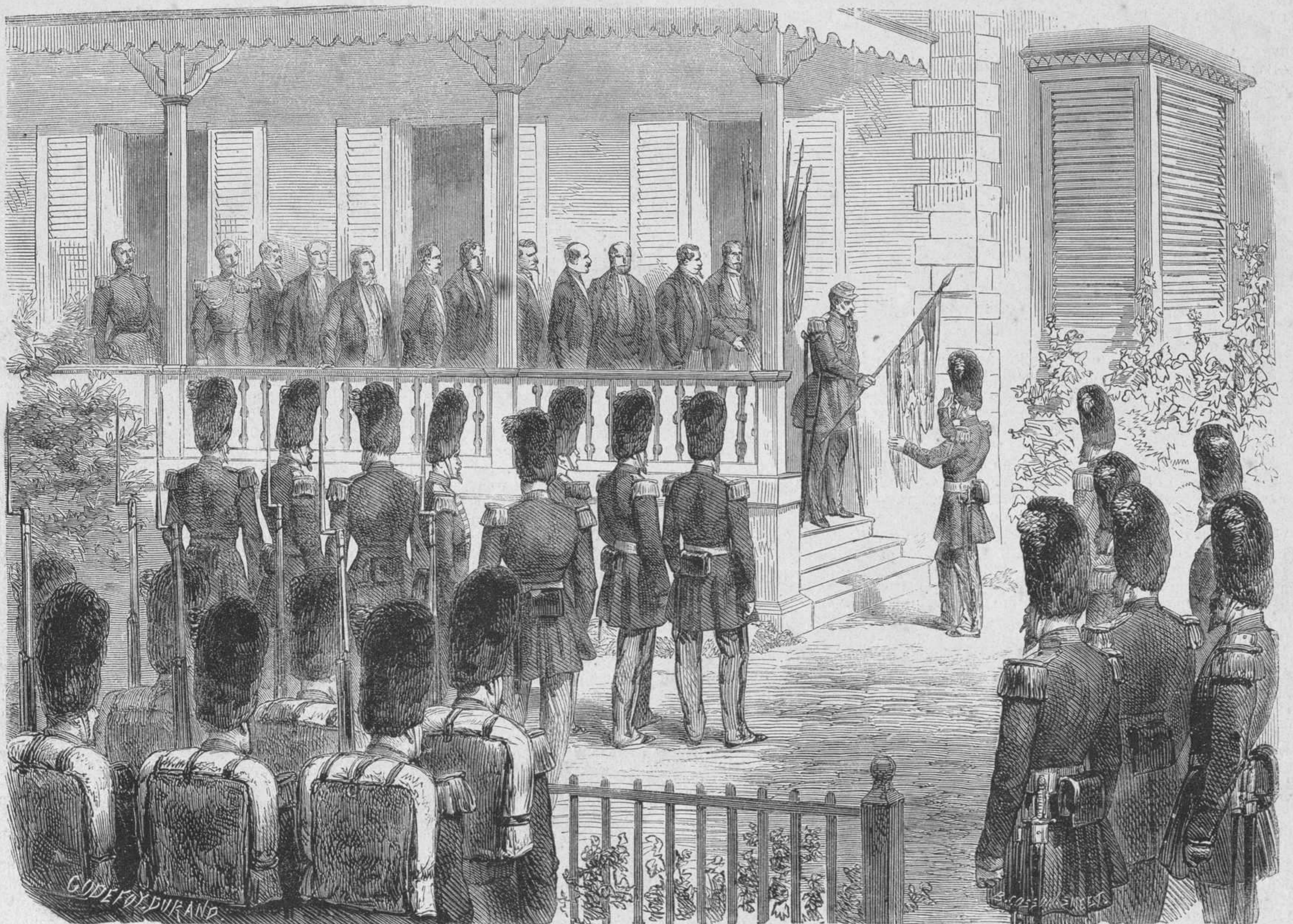
## SUMARIO.

Trofeos mejicanos; grabado. — La ley de ascensos — Crítica literaria. — Petrarca. — Llaves de plata de Méjico, banderas y proyectiles; grabado. — Estudios de fumadores; grabados. — Revista de Paris. — La Luna y la tarde. — Poesía. — Descubrimiento del origen del Ni-

lo. — Establecimientos franceses en la India; grabados. — La Compañía peninsular de las Indias inglesas y de la China; grabados. — Los últimos cuentos de Edgar Poe. — Exposicion de bellas artes en 1863; grabados. — María. — Revista de la moda. — Problemas de ajedrez; grabado. — Fiesta de beneficencia en Avesnes; grabado. — El general príncipe Mourawieff; grabado. — A. N. Fontainas; grabado.

## Trofeos mejicanos.

El marqués de Califfet, oficial de ordenanza del emperador, herido en Puebla, ha regresado á Francia encargado de presentar á S. M. cinco banderas y trece banderines tomados en el asalto de San Javier y en el combate de San Pablo del Monte; — las llaves de plata de la ciudad de Méjico, y un cañoncito rayado de á 3



VICHY. — El comandante marqués de Gallifet entregando á los sargentos del 3º de granaderos las banderas mejicanas.

con su cureña y treinta cartuchos, tomado en Puebla y regalado al príncipe imperial por el ejército de Méjico. Esta entrega se verificó en Vichy el 19 de julio. A las once de la mañana de ese día el batallón de la guardia se hallaba reunido delante de la habitación imperial. Su Majestad llamó a los sargentos, en cuyas manos el enviado del mariscal Forey puso las banderas, y después el batallón de la guardia desfilaron por el paseo en medio de las aclamaciones de la muchedumbre.

R. S.

### La ley de ascensos.

Hay en el hombre una propensión natural a subir, aunque se ve claramente que es mucho más cómodo bajar.

La naturaleza desde que promulgó su primera y única constitución, dejó establecida una ley de ascensos que todavía no ha sido violada.

En virtud de esta disposición inviolable, los cuerpos ascienden según su menor gravedad.

El humo y el polvo se levantan fácilmente sobre la superficie del aire; las piedras están eternamente pegadas a la superficie de la tierra.

Bien observado este fenómeno, se viene a caer en una averiguación muy importante para toda ascensión.

El aire es un vago que hace siempre lo que menos trabajo le cuesta, y así es que para subir algo es preciso pesar poco.

La sociedad se había colocado en un orden contrario a la naturaleza.

El hombre se levantaba sobre sus semejantes en virtud de su peso: ascendía en razón de su gravedad.

Se echaba encima el enorme peso de los años, la gravedad de la experiencia, la pesada balumba de la sabiduría, la carga de sus virtudes ó de su genio.

De este modo peldaño a peldaño subía el hombre la escalera de los honores, de la fortuna, del poder, de la celebridad y de la gloria.

Pero esto era absurdo: era contrario a la naturaleza. Había algo de crueldad en que los hombros de los más débiles sirvieran de apoyo a los más fuertes.

Era preciso invertir este orden violento, esta subversión de la ley natural.

¿Porqué el joven más suelto, más ágil, más ligero, había de bajar la cabeza en presencia del anciano torpe, débil y encorvado?

¿Porqué la ignorancia movible como una pluma atrevida y vana, había de humillarse delante de una sabiduría lenta, reflexiva y grave?

¿Porqué los vicios tenaces y las pasiones impetuosas habían de ceder y doblarse en presencia de las virtudes suaves y dulces?

¿Porqué el entendimiento frívolo y volátil había de caer precipitado a los pies del genio pesado y profundo?

Este orden de cosas era imposible: la sociedad se había puesto en contradicción con la naturaleza.

No hay más que ver el fácil ejercicio con que un grano de polvo se levanta de la superficie de la tierra y trepa ufano por las ondas del aire para comprender que lo más ligero, lo más fugitivo, lo más fútil es lo que debe elevarse sobre todo lo demás.

Mírese bien cómo una piedra lanzada al espacio corre un momento aturdida por el impulso que la ha puesto en movimiento, como fuera de sí, hasta que al fin recobra su propia fuerza, se detiene, vacila como si meditara, y al fin rompiendo con su propio peso las frágiles columnas de aire que hacen como si quisieran sostenerla, cae hasta encontrar la base sólida que su gravedad necesita.

Esto dice claramente a todos que lo que pesa, lo que es verdaderamente grave debe caer, debe bajar, debe sumergirse en las profundidades de la sociedad.

¿Qué se necesita para subir? movilidad, ligereza, agilidad. ¿Qué se necesita para descender? peso, gravedad específica.

Si un grano de polvo y una piedra no os convencen, fijad la mirada en el hombre.

¿Qué es la vida? una esencia que se evapora, un espíritu que se escapa, un poco de polvo que el viento se lleva, un poco de humo que el aire desvanece: esto es, lo más ligero, lo más fugitivo, lo más frágil.

¿Qué es la muerte? un peso enorme que nos hunde, una montaña inmensa que se desploma sobre nuestras cabezas y nos aplasta, un peso repentino que nos precipita en la sepultura.

Pues bien, al levantarse la humanidad sobre los bárbaros abusos de las sociedades antiguas, ¿no había de caer en esta cuenta?

Hé aquí todo lo que hemos hecho.

Económica y políticamente hablando, la cuestión puede reducirse a estas dos verdades: lo que menos vale es lo que más cuesta, lo que pesa menos es lo que más sube.

La escalera está colocada en medio de la plaza pública, para que trepen por ella los más ligeros.

Madrid, bajo este punto de vista, es un verdadero gimnasio.

Todos saltan por encima de todo.

La juventud por encima de la ancianidad.

La ignorancia por encima de la experiencia.

El interés por encima del decoro.

La pasión por encima de la verdad.

Todo lo pequeño por encima de todo lo grande.

Todo lo frívolo por encima de todo lo grave.

Ya era tiempo de que la naturaleza moral se ajustara a las leyes de la naturaleza física.

Desde el principio del mundo han venido luchando el alma y el cuerpo, el espíritu y la materia, el estuche y la joya, y ha triunfado por fin el cuerpo, la materia y el estuche.

Este es el gran triunfo del materialismo, solo él ha podido sujetar las aspiraciones del espíritu humano a las leyes de la materia.

Así se ve el polvo en la superficie del aire, la espuma sobre el agua, el humo sobre la luz.

La vanidad, que tan fácilmente se hincha, es el globo en que el hombre sube.

Todo el secreto de esas repentinas elevaciones que aparecen todos los días, consiste en una averiguación que el hombre no ha aplicado a sí mismo hasta ahora.

Ya sabe cualquiera que aumentando el volumen se disimula la gravedad.

La política de estos tiempos puede reducirse a un tratado de física; el hombre público no necesita más que pesar poco para subir mucho.

Es preciso que sea tan leve que pueda levantarlo a lo más alto la frágil mano de una flaca mujer.

Hay dos cosas que pesan terriblemente sobre el hombre: su corazón y su cabeza.

Cargado con estas dos pesadumbres, es difícil levantarse sobre los demás; por consiguiente, lo primero que hay que hacer es despojarse de ellas.

La mujer que no quiere caer en el paso oscuro de un olvido universal, es preciso que rompa los lazos que la sujetan a su decoro, a su casa, a su familia, ó a su marido.

En la brillante atmósfera de la moda, como en la tempestuosa atmósfera de la política, solo pueden flotar la seda de los encajes, los perfumes de los cosméticos, todo lo que es frívolo, mudable, fugitivo, todo lo que es vacío.

Pero seamos justos. También sube la pobreza cargada con el enorme peso de todo lo que no tiene.

Sube también la virtud oprimida por la carga de la indiferencia de todos.

También sube la vergüenza encorvada bajo su propio peso.

Todo esto sube hasta los últimos pisos de las casas de Madrid.

Consignemos este raro contraste.

Públicamente, la modestia, la pobreza, la virtud y el trabajo están por los suelos; privadamente se encuentran muy altos.

En la calle parece que todo el mundo los pisa, en las casas están sobre todos.

No sé lo que dirán los arquitectos, pero al reparar en este contraste me parece que en las boardillas está la conciencia de Madrid.

JOSE SELGAS.

### Crítica literaria.

DON CARLOS Y FELIPE II, POR M. GACHARD (1).

La historia y la poesía no están siempre de acuerdo; pero el nombre de Don Carlos recuerda uno de sus más célebres disencuentros. Existen pocos corazones jóvenes que no hayan palpitado de admiración y de entusiasmo por el generoso discípulo del marqués de Posa, hijo liberal de un soberano despótico, sentenciado y ejecutado por su padre a nombre de la religión.

Como todo el mundo, hemos sufrido en otro tiempo la seducción de ese bello fantasma, y hemos creído perder un amigo cuando se ha disipado ante la realidad de la historia. Forzoso nos ha sido, sin embargo, reconocer que aun cuando el drama de Schiller hubiera sido pura obra de su fantasía, difícilmente habría podido apartarse más de la historia y de la verdad. Pero la historia verdadera no deja nunca de ofrecer interés, y además del interés de los sucesos hay un placer positivo en saber que son ciertos.

M. Gachard es uno de los historiadores que saben mejor hacernos gozar de este placer. Su marcha es un poco lenta por lo mismo que es segura; no avanza nada que no pruebe, no quiere ocultar nada ni embellecer lo que no es bello, y su relato, conducido por los mismos acontecimientos y apoyado por los más elocuentes testimonios, no tiene ni más ni menos atractivos que la perfecta y estricta verdad.

Estos dos volúmenes contienen la historia toda de Don Carlos, y para el que los ha leído no puede subsistir duda alguna sobre el carácter y la suerte de este triste heredero de Felipe II y de Carlos V. A pesar de la extraña violencia de este niño que mordía el pecho de sus nodrizas hasta el extremo de poner su vida en peligro, a pesar de la lentitud de su desenvolvimiento, que hizo esperar cinco años la primera palabra, no se concibieron en un principio graves temores ni sobre su inteligencia ni sobre su vida.

Hasta se citan algunos rasgos de talento y de resolución que permitían augurar bien de su porvenir. Escuchaba con placer las relaciones de su ilustre abuelo, y un día que Carlos V contaba su célebre fuga ante el elector Mauricio, el niño declaró que él jamás habría huido, y sostuvo con firmeza su opinión a pesar de las

excelentes razones que riéndose dábale el emperador de su conducta.

Pero la lentitud de la instrucción de Don Carlos, su complexión débil y su poca afición a los ejercicios gimnásticos, su crueldad con los animales, que muchas veces quemaba vivos, tal vez imitando los autos de fe que le obligaban a presenciar, la calentura, por último, que no cesaba de minar a aquel cuerpo débil y enfermizo, dieron bien pronto a su padre tristes presentimientos.

No obstante, Felipe II hace reconocer solemnemente al joven príncipe por sucesor de sus Estados, y el mismo Don Carlos iba mejor, merced al clima saludable de Alcalá, cuando un grave accidente vino a poner su vida en peligro, y contribuyó de seguro a debilitar su razón.

Hallábase próximo a cumplir diez y siete años, y hasta entonces parecía permanecer ajeno a las pasiones de la juventud. Como existían temores acerca de esto, pues su estado enfermizo hacía dudar del porvenir de la dinastía, viósele con placer empezar a ocuparse de una de las hijas del conserje de palacio. Yendo de noche a juntarse con ella por una escalera secreta, cayó de cabeza, haciéndose una herida que agravaron la ignorancia de su época y los médicos de España. Ensayáronse con el príncipe los remedios más extraordinarios, y después de la operación del trépano se apeló a las reliquias. Parecía perdido y comenzó a curarse en efecto, apenas tocó el cuerpo de un franciscano llamado Diego y muerto en olor de santidad un siglo antes.

El milagro que prolongó tan triste existencia solo encontró inédito al embajador de Inglaterra, Chaloner, quien escribía así a Burghley: « La naturaleza, que es el ministro de Dios, ha curado al príncipe a despecho de los médicos: el verdadero milagro, a mis ojos, es el frío que este año hace en España a mediados de mayo. El portador de esta carta os dirá lo caro que todo está aquí y en qué situación me encuentro. No recibo dinero de Inglaterra, y será otro milagro que pueda sostenerme en este país tan caro. Os ruego representéis el papel de santo y que me saqueis de estos apuros. » Tal era el lenguaje de la diplomacia de aquellos tiempos, donde se hacían cosas tan grandes con tan pequeños recursos. Chaloner no era el único embajador de la económica Isabel falto de recursos.

Don Carlos solo escapó a la muerte para seguir enfermizo. A veces la bienhechora influencia de la juventud parecía triunfar, y el desgraciado príncipe se asemejaba un tanto a los jóvenes de su edad; pero estos intervalos de salud duraban poco. En 1564, a los diez y ocho años, hizo su testamento. Gracias a los despachos de los embajadores extranjeros, que son hoy los manantiales de su historia, sus defectos de carácter, sus flaquezas de cuerpo y de espíritu eran conocidas ya de toda la Europa.

Los despachos venecianos contienen muchos retratos de él; se habla en ellos de la violencia de su carácter, de su inclinación a hacer daño, de su hábito de preguntar a tontas y a locas a todo el mundo, de su escasa afición a los placeres sencillos, de sus accesos de fiebre que con frecuencia le hacían delirar. El embajador de Viena, Dietrichsteim, lo presentaba bajo colores más favorables, sin ocultar, no obstante, sus accesos de cólera y glotonería; pero acababa así un despacho consagrado a su bosquejo: « Don Carlos es un príncipe enfermizo y débil; pero es el hijo de un poderoso monarca. »

El embajador quería decir con esto, que a pesar de todos sus defectos, Don Carlos era un buen partido para la hija de Maximiliano, la archiduquesa Ana, y en efecto, es uno de los más tristes espectáculos que pueden darse el ver codiciada tan ardientemente la mano de este desventurado príncipe por todas las familias soberanas de Europa. Catalina de Médicis quería casarlo con la princesa Margarita, y empleaba para conseguirlo toda la influencia de la graciosa Isabel, una de las pocas personas a quienes Don Carlos mostraba algún cariño; la casa de Lorena aspiraba a su enlace con María Stuarda, los españoles querían casarlo con su tía Doña Juana, de más edad que él, pero prudente y bella; finalmente, el emperador Maximiliano no dejaba vivir a Felipe II, y pedía con infatigable insistencia la mano de Don Carlos para la archiduquesa Ana.

Felipe II se inclinaba a este matrimonio, y Don Carlos era el único punto en que estaba de acuerdo con los deseos de su padre; pero Felipe II, sabiendo el triste estado de su hijo, aplazaba sin cesar este enlace, y sin dar a Maximiliano la verdadera explicación de estos aplazamientos, dilataba su solución sin comprometer su palabra.

Veía, en efecto, cada día más evidentes las señales de la debilidad intelectual del heredero de tantas coronas, y temblaba ante la idea de entregar a manos tan flacas tan gran peso. En esta época de su vida las principales inquietudes del padre nacían de las locas prodigalidades del príncipe y de sus violencias contra las personas que formaban su servidumbre. Cargábase de deudas comprando pedrerías por un precio exagerado, pegaba a sus gentiles-hombres, a quienes el rey se veía obligado a alejar del lado suyo recompensando a la vez sus sufrimientos, y no ocultaba a nadie su odio contra su padre.

Cuanto menos capaz era de tomar parte en los negocios públicos, más irritado y ofendido se manifestaba por no representar un papel importante en el gobierno del Estado. Lisonjébase con la esperanza de acompañar al rey a los Países Bajos, y la perspectiva de una mudanza considerable en su situación como consecuencia de este viaje le consolaba de todas sus penas.

Pero la forma que daba a este deseo y su magnitud

(1) Tomamos del *Journal des Debats* este notable artículo debido a la pluma de M. Prevost-Paradol, y escrito a propósito de la obra de M. Gachard, titulada *Don Carlos y Felipe II*.

lo contrariaban. Sabiendo que las Cortes deseaban que no abandonase la España y aprovechando la ausencia de su padre que pasaba la Pascua en el Escorial, hizose abrir la sala en que los diputados estaban reunidos y les dirigió las mas terribles amenazas. «No quisiera, les dijo, que os diese la locura de cometer una nueva temeridad rogando á mi padre me deje en España. Os exhorto á que no hagais semejante peticion, porque los diputados que la hagan deben considerarme como su mortal enemigo, y emplearé todo mi influjo en destruirlos.» Al propio tiempo mandó á las Cortes guardasen silencio de esta escena, que fué inmediatamente referida al rey, perfectamente sabedor siempre de los menores detalles de la vida de su hijo.

Sabido es que el viaje de Felipe II á los Países Bajos con tanto fausto y ruido preparado no tuvo lugar: todo aquello era un engaño, y el desventurado Carlos fué engañado como todo el mundo. Pero la prueba era sobrado fuerte para aquel carácter violento y débil, y su razon sucumbió á ella. Entonces se formaron en su espíritu los proyectos de fuga á Italia y de rebeldia contra la autoridad paterna, que debian ser la crisis de su existencia, y poner término á su libertad y á su vida. Ya habia adoptado muchas precauciones para su seguridad personal.

Siempre rodeado de armas, habia establecido, merced á un ingeniero francés, un mecanismo en virtud del cual desde su cama podia abrir y cerrar su puerta. Habia encuadrado en forma de libro una piedra pesada destinada á su defensa, habiendo leído que un obispo preso habia muerto á su carcelero con un canto que parecia su breviario, y así habia conseguido salvarse de manos de sus verdugos. Finalmente, Don Carlos preparó su fuga con una publicidad suficiente para hacer conocer sus designios, no solo á su padre, sino á toda la corte. Pidió en efecto á todo el mundo, ó que le ayudaran en su empresa ó que se unieran á ella, y solicitó vivamente de Don Juan de Austria que pusiese al servicio suyo la escuadra régia.

Escribió tambien una coleccion de cartas dirigidas á todas las personas considerables del reino, empezando por su padre, y á las principales ciudades de la monarquía para declararles su resolucion y justificar su conducta. En medio de actos tan decisivos no descuidaba la salvacion de su alma, é iba á confesarse al monasterio de San Gerónimo, colocado á las puertas de Madrid.

Allí tenia lugar el 27 de diciembre de 1567 una escena extraordinaria que pinta con exactitud las costumbres del pais y el espíritu de la época.

Don Carlos no pudo ponerse de acuerdo con su confesor, al cual habia declarado abrigaba odio mortal contra una persona, y del cual exigió, sin embargo, una pronta absolucion. El confesor se negó obstinadamente á dársela, y aconsejó á Don Carlos llamase á los teólogos para decidir su cuestion. Don Carlos consintió en ello, é hizose venir á catorce frailes, que fueron del parecer del confesor. Sin embargo, el prior del convento, dando al desgraciado príncipe la esperanza de alcanzar la absolucion, consiguió saber el nombre de la persona á quien odiaba mortalmente.

Carlos confesó que era su padre, y se retiró á las dos de la mañana, sin haber obtenido nada á cambio de tan fatal confesion.

Mientras que Don Carlos caminaba así á su ruina, el impasible Felipe II, advertido de todas las acciones de su hijo, sabedor de todas sus palabras, se ocupaba en sus devociones en el Escorial y no apresuraba un solo día su regreso á Madrid.

Al fin volvió á la capital el 17 de enero, dirigiéndose á las habitaciones de la reina: allí recibió la visita de Don Carlos, y la entrevista del hijo con el padre fué tan respetuosa de una parte como serena de la otra. Al día siguiente, domingo, el rey recibió á los embajadores y trabajó cual de costumbre, mientras Don Carlos pensaba en huir. Aquella misma noche á las once era preso en su lecho á presencia del rey, y su cuarto, con barras en los balcones, se convirtió en prision del príncipe.

Las cartas que Felipe II escribió para dar parte de tan triste acontecimiento á sus principales agentes y á las diferentes cortes de Europa, son mas ó menos explícitas, segun el grado de confianza ó de afecto que le inspiraban; pero todas insisten en estos tres puntos: que el príncipe no es culpable de falta alguna hacia su padre; que no se trata de castigarlo ni aun corregirlo; que la medida que se ha visto obligado á adoptar no es temporal, y que no puede señalarse limite á una detencion necesaria. Finalmente, el rey, sin pronunciar la palabra locura, hace entender claramente, con especialidad al emperador Maximiliano, que la incapacidad peligrosa é irremediable de Don Carlos hacia imposibles, no solo su sucesion á la corona, sino tambien la prolongacion de su libertad.

El cautiverio de Don Carlos duró poco. Seis meses despues de su arresto, el 24 de julio de 1568, murió. Esta probado que esta muerte no fué el resultado de un crimen. Don Carlos habia querido morir, intentó primero fuese por hambre, pero vencido por la naturaleza, se dió á comer extraordinariamente, como su padre calculó que haria, intentando matarse con los excesos de la mesa, consiguiendo el suicidio con este sistema mas conforme á sus hábitos. El abuso de agua de nieve precipitó su fin. Murió con resignacion y pidiendo con insistencia ver á su padre, quien tuvo la crueldad de negarse á sus deseos.

Tal es la verdad sobre la vida y muerte de Don Carlos, verdad probada día por día por los testimonios mas irrecusables y desinteresados que sea posible hallar, es decir, por los embajadores de las diferentes cortes de

Europa, dispuestos generalmente á juzgarlo de un modo favorable, puesto que representaban á familias que querian el enlace de sus princesas con el heredero de las Españas. ¿Fué realmente loco? Puede disputarse sobre la exactitud de la frase, no acerca de la realidad de su significacion.

Murió á los veinte y tres años, y tuvo tiempo bastante para probar hasta qué extremo era incapaz de gobernar el vasto imperio á que lo habia llamado el nacimiento. ¿Se hallaba en estado de dominar sus pasiones, ó debia ser encerrado para la seguridad de los demás y la suya propia? Tampoco sobre este punto dejan duda los testimonios contemporáneos. Si Don Carlos hubiese sido un simple particular, tal vez su libertad habria podido prolongarse sin peligro algunos años; pero su situacion en el Estado, los designios públicos que habia formado hacian esta libertad peligrosísima en los momentos en que le privó de ella el impasible Felipe. En cuanto á su trato en la prision, aunque no se olvidase que era príncipe, no es menos cierto que le privaron del aire y espacio necesarios.

— Yo no estoy loco, sino desesperado, gritaba el desventurado Carlos cuando vió aparecer á su padre á la cabecera de su lecho y mandar que clavarau los balcones de su cuarto. Por su parte Felipe II decia al hablar de su hijo: «La falta de inteligencia que para castigo de mis pecados ha permitido Dios que tenga el príncipe.» Este proceso entre el padre y el hijo está definitivamente juzgado, y el padre tiene en el fondo razon, á pesar de su fria dureza en las formas. El hijo carecia en efecto de inteligencia, y si los pecados del padre eran la causa de esto, no eran ciertamente los pecados de que él se acusaba, sino esos otros pecados, mas graves aun, que le echa en rostro la historia, y que condena el juicio de la posteridad.

PREVOST-PARADOL.

### Petrarca.

Ningun escritor ha tenido mayor influencia sobre el gusto literario de su siglo que Francisco Petrarca. Su genio eminente le enseñó á apreciar las bellezas de Virgilio y Ciceron, cuando apenas eran conocidas aun, y los ardientes elogios que hizo de estos autores, inspiraron á sus contemporáneos el deseo de dedicarse á la literatura clásica. Fué Petrarca el verdadero restaurador de las bellas letras en Europa, y la lengua italiana le debe su primer modelo de gracia y pulidez. Por esto, sin duda, se le ha distinguido con el dictado de «Estrella matutina de la literatura moderna.»

Fuó Petrarca escritor eminente en varios ramos del saber humano, distinguiéndose no menos como patriota y como orador; pero su fama se funda principalmente en sus admirables sonetos. Léenlos con deleite aun aquellas personas que desprecian los versos amatorios de otros escritores, y los aficionados á esta clase de poesia hallan en ellos una belleza exquisita, que vanamente buscan en otras producciones del mismo género. Sus sentimientos son los de un espíritu elevado, vigorizado por la pasion, mas bien que oscurecido ó sojuzgado por ella, de un espíritu que ama la meditacion tanto mas, cuanto mayores reveses y contrariedades ha sufrido, y que siente aquel placer de amar que puede existir aun sin esperanza de ser correspondido: sentimientos como estos hallan entrada en todos los corazones, y por su dulce y tranquila influencia hacen frecuentemente una impresion mas profunda que otros de carácter mas violento. Esta es la razon por qué los sonetos de Petrarca tienen tal encanto para nosotros; y por eso han conservado por tanto tiempo su popularidad, sirviendo de modelo á infinitos escritores, que sin embargo no siempre han logrado imitarlos con buen éxito. Entre ellos se cuenta nuestro célebre Quevedo, cuyos sonetos amatorios son quizá las mas bellas composiciones de este fecundo ingenio.

Nació Petrarca en la villa de Arezzo, en Toscana, el 20 de julio de 1304, casi en el momento mismo en que su padre Petraco, que habia sido desterrado de Florencia con Dante y otras personas eminentes, tomaba parte en un ataque contra esta ciudad en union de uno de los partidos llamados los blancos y los negros, en que á la sazón se hallaban divididos los florentinos; frustróse la tentativa, y Petraco tuvo que huir, retirándose con su familia á una pequeña hacienda que poseia en Ancisa, á las inmediaciones de Florencia. Allí pasó el ilustre poeta los primeros años de su vida, hasta que en 1313 se trasladó su padre á Aviñon, donde por entonces se hallaba la corte pontificia. A la edad de quince años le enviaron á Montpellier, y despues á Bolonia, á estudiar leyes; pero así como otros poetas colocados en iguales circunstancias, el jóven Petrarca se deleitaba mucho mas en estudiar la bella poesia de los autores clásicos que las sutilezas de la jurisprudencia.

Petraco hizo un viaje á Bolonia con la esperanza de sofocar esta pasion naciente de su hijo por la poesia, y aunque Petrarca, sospechando la intencion de su padre, escondió á Virgilio, Ciceron y los pocos libros que un estudiante de limitados recursos podia procurarse antes de la invencion de la imprenta, fué, sin embargo, descubierto el tesoro y arrojado á las llamas; pero la agonía del jóven poeta era tal, que Petraco se conmovió y pudo aun rescatar á Virgilio y Ciceron, los cuales entregó á su hijo diciéndole: — «Virgilio te consolará de la pérdida de los otros manuscritos, y Ciceron te preparará para el estudio de las leyes.» Pero la muerte de sus pa-

dres en 1326 dejó á Petrarca en plena libertad para seguir su inclinacion.

Tanto él como su hermano adoptaron la carrera eclesiástica, y despues de haber arreglado varios asuntos de familia, fijaron su residencia en Aviñon. Las ideas y costumbres licenciosas de aquel siglo ejercian entonces su pernicioso influencia en esta ciudad acaso mas que en ninguna otra de Europa: no es pues de extrañar que Petrarca, que solo contaba veinteydos años, cediese algun tanto á las seducciones que le rodeaban; pero sus placeres ó disipaciones no le hicieron nunca abandonar ni aun descuidar sus estudios. Sus primeras composiciones fueron en latin; pero tuvo el tacto de percibir muy pronto las ventajas de escribir en su nativa lengua vulgar, como era entonces llamado el italiano. Y ciertamente que halló esta lengua muy diferente del estado en que la dejó despues. Puede decirse que completó las mejoras que Dante habia comenzado en ella, haciéndole adquirir bajo su pluma nueva elegancia y riqueza. Pero una de las causas que influyeron mas en el desarrollo del genio poético de Petrarca, dando á sus composiciones el colorido romántico, apasionado y fogoso, al par que tierno y suave que los hace tan deleitables, fué su amor á una dama de Aviñon, Laura de Sade, cuya belleza y virtudes ha inmortalizado la pluma del ilustre bardo toscano.

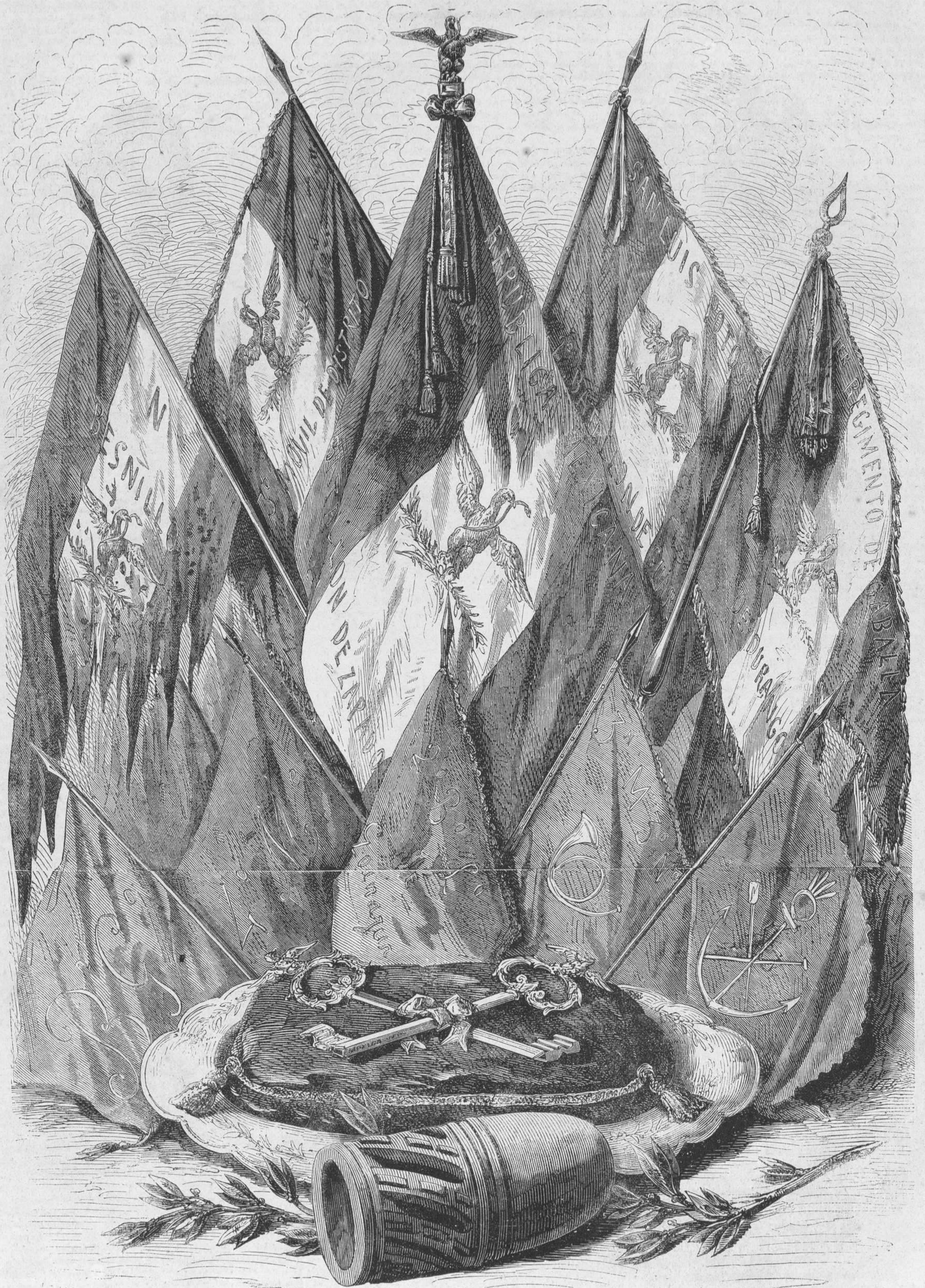
Vióla por primera vez en la iglesia de Santa Clara de Aviñon, donde, segun confiesa él mismo, ni lo sagrado del lugar, ni la solemnidad del día (viernes santo) impidieron que diese entrada en su pecho á una pasion mundana, que no debia extinguirse jamás. En aquella hora fatal vió á una señora, algo mas jóven que él, cubierta con un manto verde salpicado de violetas, sobre el cual caian en trenzas sus dorados cabellos. Distinguiase de las demás por su porte altivo, aunque delicado. La impresion que hizo en el jóven poeta, aunque repentina, fué sin embargo indeleble; pero la expresion de su amor obtuvo solo de ella la indiferencia y reserva que corresponden á una mujer casada, como ella lo era. Sus ruegos y súplicas, bien fuesen expresados de viva voz, ó con la figurativa elocuencia de la poesia, fueron enteramente infructuosos, y los celos de Hugo de Sade, esposo de Laura, no eran con mucho tan formidables á las esperanzas del jóven amante como la serena virtud de su esposa. En medio de la corrupcion general que reinaba en Aviñon, Laura se distinguia por la mas angélica pureza, tanto en sus maneras como en sus sentimientos, y por una modestia que daba á su persona la exquisita gracia y dignidad de las Madonas de Rafael. Estas cualidades hicieron que Petrarca le tributase un amor tan constante y apasionado, si bien sus intenciones no eran originalmente tan puras como debia esperarse de la estimacion y respeto que profesaba á su caracter.

Fuó por algun tiempo muy general la creencia de que la pasion amorosa de Petrarca era solo un fantasma creado por su imaginacion, sobre el cual pudiese ejercitar su musa. Pero esta opinion fué completamente disipada por Hugo de Sade, en sus Memorias del poeta; y Petrarca mismo exclama en una carta á un amigo suyo: «¡Pluguiera al cielo que Laura fuese un ente imaginativo y mi amor solo una chanza!» Fué tal la influencia que continuó ejerciendo sobre él este sentimiento, que ni la conversacion de los hombres mas distinguidos, ni el estudio de la filosofia, ni los estímulos de la ambicion, ni los viajes, pudieron hacerle olvidar nunca su desgraciada pasion.

Huyendo de los embates y alucinaciones del amor y de la pompa de la corte pontificia, se retiró al delicioso valle de Vauluse cerca de Aviñon, el cual ha hecho para siempre memorable. Allí encontró la soledad que apetecia tan profunda como pudiera hallarla en parajes mucho mas remotos, y aquella mezcla de sombría selvaticidad y de belleza que favorecia alternativamente las emociones de su pasion y los vuelos de su fantasia. Allí, sobre una altura que domina el fértil valle y por cuya base se derrumba con estruendo el caudaloso torrente de cristalinas aguas que brota al pié de la montaña, se enseñan todavía á los viajeros que acuden á visitar esta maravilla de la naturaleza, las ruinas del castillo de Petrarca: es un verdadero nido de poeta. De sus trabajos literarios durante su permanencia en el Vauluse ha dicho él mismo en una de sus epistolas: — «Muy largo seria el relato si intentase yo especificar todo lo que hice allí; pero diré sin embargo, que todo cuanto al morir deje escrito, habra sido ejecutado, empezado ó concebido en mi retiro.»

Además de los grandes y poéticos talentos de Petrarca, debió necesariamente haber algo agradable en sus modales para que llegase á adquirir una estimacion tan general. Los príncipes de Europa le colmaban á porfia de honores y condecoraciones y solicitaban su amistad. Los literatos le respetaban como al mas profundo y al mayor filósofo de su siglo, y aun el pueblo mismo le amaba y reverenciaba. Dicese que, en uno de sus viajes al volver de Roma, se detuvo algun tiempo en Arezzo, su pueblo nativo, donde fué tratado por los habitantes con la mayor distincion. Al salir del pueblo, el respeto con que lo miraban sus compatriotas se manifestó de un modo que le afectó sobremedera. Alejándole del camino real le condujeron á una pequeña casa, la cual, le informaron, era aquella en que habia nacido; que el propietario habia intentado varias veces hacer en ella alteraciones, pero que el pueblo se habia siempre opuesto á ello; así que la casa se hallaba precisamente en el mismo estado que tenia el día de su nacimiento.

De camino para Roma, á donde se trasladaba á consecuencia de una urgente invitacion de Urbano V, le

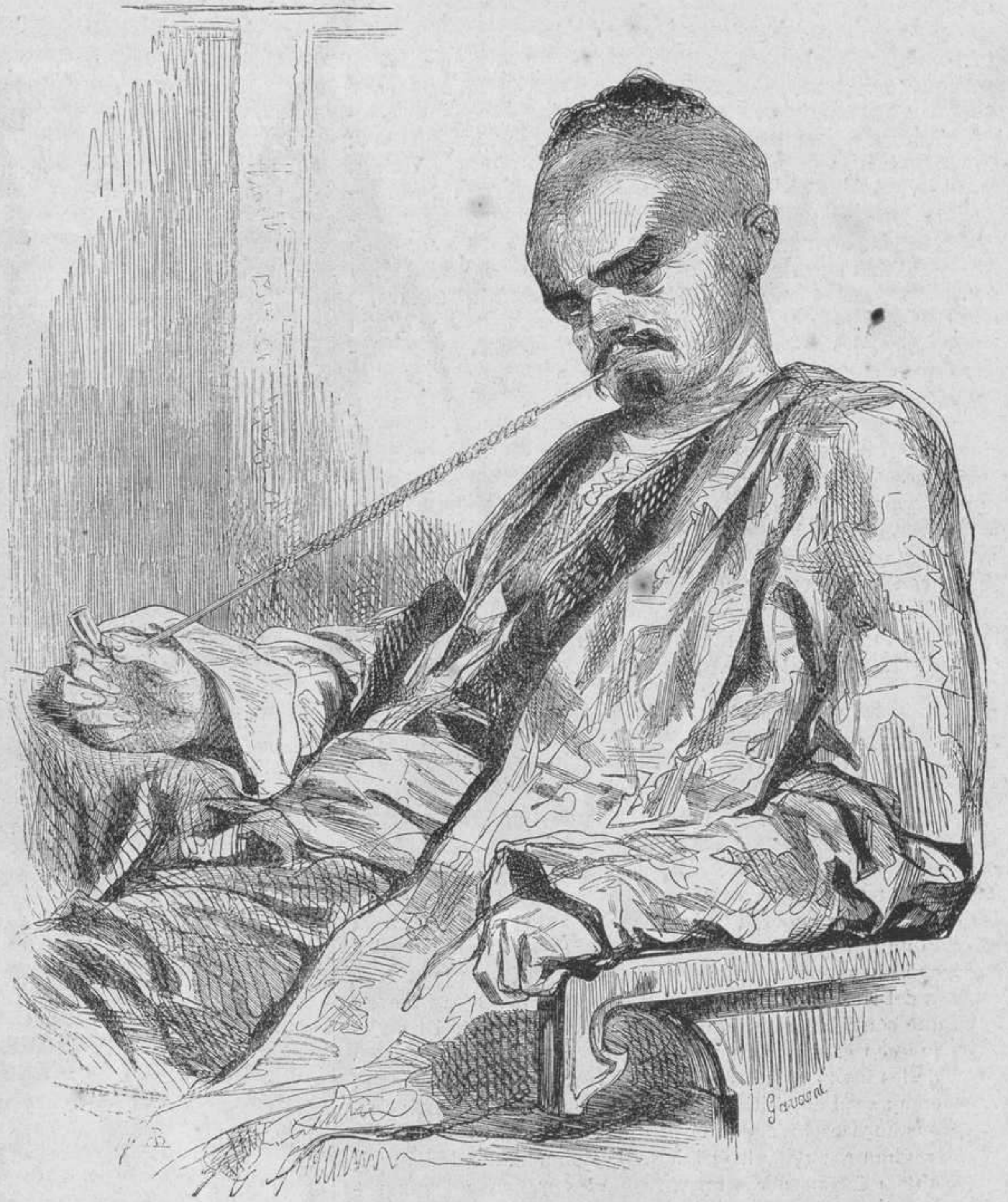


Llaves de plata de Méjico ; banderas mejicanas ; proyectiles para cañones rayados, presentados á S. M. el emperador en Vichy.

ESTUDIOS DE FUMADORES, POR GAVARNI. — (2ª série.) — (Véase el número 549.)



Fumadora de Paris.



Chino fumando opio.



Fumador de provincia.



Fumador de guarnicion.

atacó una dolencia de carácter muy serio. Cayó desmayado de su caballo y permaneció sin sentido ni movimiento durante más de treinta horas. Convencido por este suceso de que su constitución iba declinando rápidamente, resolvió fijar su residencia en algún paraje retirado, donde pudiera pasar en paz el resto de sus días.

Fijó su mira en la aldea de Arquá, á unas cuatro leguas de Pádua, agradablemente situada en la falda de un montecillo cubierto de frondosa vegetación, y el pintoresco y bello paisaje que la rodeaba, así como la suavidad exquisita del clima, desde luego determinaron su elección. Allí pues hizo construir una casa pequeña, pero cómoda, y tan pronto como se sintió bastante restablecido, volvió de nuevo á comenzar sus trabajos literarios. Pero estaba decretado que no disfrutaria de su retiro más que cuatro años. El 18 de julio de 1374, á los setenta años de edad, le halló uno de sus criados sentado, con la cabeza apoyada en el libro que estaba leyendo: al acercarse le conoció que estaba muerto. Celebróse su funeral con pompa casi régia.

Eustace, en su *Viaje clásico*, dice: «El jardín está enteramente descuidado, pero la casa se conservaba en muy buen estado, circunstancia que honra al propietario y á los habitantes de la aldea, considerando que han trascurrido ya más de cuatrocientos años desde la muerte de Petrarca, y que el país se ha visto durante este largo periodo despedazado por varias guerras destructoras y cruzado en todas direcciones por ejércitos devastadores. Su cuerpo está enterrado en el cementerio de la aldea, en un sarcófago grande de piedra, elevado sobre cuatro pilastras bajas.»

L. E.

### Revista de Paris.

Mas que nunca están á la moda este año las márgenes del Rhin; pero en cambio la Suiza, que durante tanto tiempo ha ejercido un influjo tan poderoso en los viajeros veraniegos, se halla casi abandonada en el día. Las compañías de los ferrocarriles del Norte y del Este entran por mucho en esta innovación, que contribuye más de lo que se cree á instruir á los viajeros que con el nuevo rumbo pueden contemplar á la vez las obras de los hombres y las bellezas de la naturaleza. En efecto, los que han seguido el itinerario marcado en sus billetes, vuelven á sus hogares habiendo visto otra cosa que valles y montañas, pues han recorrido la Bélgica y la Holanda, donde han podido contemplar las obras maestras de los museos y las maravillas arquitectónicas debidas á los españoles y á los flamencos. Nada más hermoso que esta excursión: de Paris se va á Bruselas, y luego se visitan Amberes, Dordrecht, Rotterdam, la Haya, Amsterdam, Utrecht, Colonia, Dusseldorf, Coblenza, Ems, Wiesbaden, Maguncia, Francfort, Heidelberg, Baden y Estrasburgo; es decir, se pasa revista á todo, á las ciudades, las selvas, los ríos, los recuerdos sombríos de la historia y las curiosidades de la leyenda, y se regresa con una colección de recuerdos impercederos. Si ahora añadimos que las compañías de los ferrocarriles han reducido hasta lo posible el coste del trayecto, y que en la materialidad de la vida se viene á gastar poco más ó menos lo que se gasta en Paris, habremos apuntado suficientemente por qué están tan en boga las expediciones á las márgenes del Rhin.

En la crónica del *Sport* de esta semana hallamos la relación de una aventura singular, y de cuya autenticidad responde el cronista. Sus héroes son un marido y una mujer pertenecientes á los círculos más brillantes de la sociedad extranjera, el conde y la condesa de M..., que según el narrador de la anécdota, no vivían en esa armonía feliz que debe reinar entre los esposos.

Parece ser que después de algunas escenas de violencia de las más deplorables, el conde, amigo de la paz á toda costa, abandonó á su irascible mitad la entera posesión del domicilio conyugal, y se fué á vivir solo en un modesto aposento. Pero esta resolución no mereció el agrado de la condesa, que persiguió á su marido en su refugio, de tal manera que el pobre hombre pudo llegar á creer que no había salido de su infierno.

En fin, el lunes último, pérdida la paciencia y no sabiendo qué hacer para librarse de aquellas persecuciones importunas, á consecuencia de un postrer escándalo mucho más ruidoso que todos los anteriores, el conde se fué á su escritorio, sacó una pistola, y hablando á su mujer con esa serenidad de buen tono que jamás abandona á un hombre de mundo, la dirigió estas palabras:

— Me incomoda Vd. demasiado, señora mía; he dejado la casa común para vivir tranquilo, y Vd. me viene á buscar aquí; cierra mi puerta y Vd. la abre, lo que está muy mal hecho, principalmente cuando se trata de un marido, y esto sin hablar de otras mil molestias que la debo á Vd., todas ellas á cual más insoportables. He puesto en juego todos los expedientes posibles para evitar su presencia de Vd. sin conseguirlo, y ahora estoy en la persuasión de que será Vd. capaz de seguirme hasta el fin del mundo, pero no será así.

Llegado á este punto de su discurso, el conde armó su pistola, y clavando una mirada de una fuerza magnética en su mujer, que se hallaba en el colmo del terror, prosiguió diciendo:

— Si tuviese aquí dos pistolas, la haría saltar á Vd. el poco seso que aun puede quedarla, y me mataría después, para evitar á nuestros hijos el baldón de que la cabeza de su padre rodara por el cadalso; mas desgraciadamente solo puedo disponer en este momento de un arma, y la urbanidad exige que sea usted servida la primera...

La condesa no respondió, pero su rostro hablaba por ella, y parecía decir al conde:

— Al punto á que hemos llegado, es inútil andarse en cumplimientos; empuje Vd., y veremos después.

El conde concluyó con esta frase:

— Espero que hoy quedará todo concluido entre nosotros.

Y al hablar así, nuestro marido, que aun se conservaba bastante bien para no querer desfigurarse con una innoble herida la hermosa regularidad de su semblante, apuntó al corazón é hizo fuego, en tanto que la condesa, dócil por primera vez á las voluntades de su marido, no hizo nada para desviar el golpe. Por fortuna ó por desgracia había tirado muy de cerca: la bala se torció, y después de haber causado horribles destrozos, se fué á quedar entre dos costillas, dejando á la víctima de esta violencia contra su propia persona entregada á torturas horribles, y suspendida entre la muerte y la vida. — Si el remedio es peor que la enfermedad, al lector le toca decidirlo.

En el informe de los trabajos de la comisión de la propiedad literaria y artística que ha sido publicado con otros documentos por orden del ministro de Estado, hallamos curiosas noticias sobre el número de ediciones que han tenido las obras de los principales autores clásicos franceses que han venido á caer en el dominio público. Como la mayor parte de estas obras son conocidas en todo el universo, parécenos oportuno agrupar algunas cifras que sin duda serán leídas con interés.

De 1714 á 1840, las obras sueltas de Voltaire han llegado á contar 428 ediciones, y sus obras completas 61, tanto en Francia como en Inglaterra y en Holanda. De 1840 á 1862, se calcula en 100 por año (término medio) el número de las ediciones parciales de las tragedias ó obras históricas de Voltaire; pero en todo este tiempo no se han dado á luz más que tres ó cuatro ediciones completas.

Las ediciones clásicas de las obras más afamadas de Corneille son innumerables; pero en cambio sus obras selectas ó completas no contaban hasta 1830 más de cincuenta ediciones.

Del teatro clásico de Racine se tiran cada año 25,000 ejemplares. Las obras sueltas de este autor han tenido, hasta 1835, 48 ediciones de biblioteca, y sus obras completas 70, aproximadamente.

Se calcula en 20,000 la cifra de la tirada anual del teatro clásico de Moliere; y sus obras sueltas han tenido setenta ediciones de biblioteca, y sus obras completas 150.

Las tragedias de Crebillon publicadas separadamente han obtenido más de quince ediciones, de las cuales la más antigua lleva el año de 1707; las de Denis han tenido veinte y cinco ó treinta. Las obras completas de Crebillon cuentan treinta ediciones, y las de Denis veinte.

De un libro que todos leemos en la niñez, el *Telémaco*, se tiran cada año sobre 10,000 ejemplares. De 1700 á 1830 esta obra ha tenido noventa y cinco ediciones, entre las cuales algunas han alcanzado un gran valor, pues hay ejemplares que se pagan hasta dos mil francos.

Las obras de Massillon con todos sus sermones han tenido más de veinte y cinco ediciones. De su *Petit-Carême*, sus sermones y varias oraciones fúnebres, se tiran cada año cinco ó seis mil ejemplares.

La *Grandeza y decadencia de los romanos*, que tuvo cuatro ediciones en vida de Montesquieu, ha alcanzado treinta después de su muerte, y estas ediciones han producido un número considerable de ejemplares. La tirada destinada á los estudios clásicos, es de 2,000 ejemplares cada año. El *Espíritu de las leyes* ha tenido veinte ediciones reproducidas por el clisé hasta un número enorme de ejemplares.

Las obras completas de Pascal no cuentan más de diez ediciones, pero á beneficio de los clisés han producido una cifra considerable de ejemplares. Los *Pensamientos* han tenido veinte y siete ediciones de 1610 á 1835, y diez ó doce después.

Las piezas teatrales de Beaumarchais cuentan cuarenta ediciones publicadas separadamente. Las obras selectas de este autor han tenido siete ó ocho ediciones, y quince sus obras completas.

Las novelas de Le Sage el *Bachiller de Salamanca*, el *Diablo cojuelo*, etc., han llegado á cien ediciones; su teatro cuarenta, y sus obras selectas ó completas diez ó doce.

Las obras diversas de J. J. Rousseau, filosofía, política, literatura, bellas artes, etc., han tenido ciento ochenta y cinco ediciones, y sus obras selectas ó completas de sesenta á sesenta y cinco ediciones.

Las *Fábulas* de Florian han alcanzado más de cien ediciones, la mayor parte de ellas estereotipadas. De su teatro y sus novelas se reimprimen muchos ejemplares todos los años.

Finalmente, las *Fábulas* de La Fontaine, que son populares, cuentan desde hace dos siglos diez ediciones anuales, lo que eleva á dos mil el número total de las ediciones.

¡Cuánto prueba esta estadística en favor de la Francia!

Sin embargo, no se vaya á creer por las cifras que preceden, que en la vida literaria todo es de color de rosa. Muy lejos de eso; hay más de un autor de los citados en el resumen que antecede, que ha vivido y muerto pobre, dejando cuantiosas fortunas á los que antes, y sobre todo después de su fallecimiento, han comerciado con el producto de su inteligencia. Pero de esta verdad no tenemos que buscar pruebas en Francia; pues el ejemplo más notable le hallamos en nuestro país en el inmortal autor del *Quijote*. Gracias á Dios ha llegado la hora de que se ocupen los gobiernos en asegurar la suerte del escritor; y aunque todavía no se ha hecho esta declaración tan justa como sencilla que M. Alfonso Karr ha recomendado tanto y con tanto empeño, á saber: «La propiedad literaria es una propiedad como otra cualquiera;» no obstante, se ha adelantado mucho, y quizás no esté lejano el día en que se haga.

Decíamos que en la vida literaria no todo es honra y provecho, y en efecto, pocas carreras ofrecen al principiante dificultades más terribles. Ni siquiera basta el talento: se puede decir que cuando un hombre cobra fama, lo debe más que todo á su buena estrella.

Uno de los novelistas franceses hoy más conocidos se encontró una mañana en las calles de Paris con un capital de cien francos, el único resto de su patrimonio. Este joven había devorado en un año su fortuna, y se comió alegremente el último resto en una cena en el café Inglés, acompañado de un amigo y de un conocido de este que por casualidad se había juntado con ellos en el boulevard.

A los postres, nuestro joven contó su historia muy sencillamente, y terminó exponiendo su situación final en un par de versos parodiados de un autor clásico.

— ¡Ah! ¿Es Vd. poeta? preguntó el conocido del amigo.

— Lo he sido algo hasta ahora, porque tenía con qué vivir; pero en adelante...

— ¿Abandona Vd. la poesía?

— Al contrario, la tomo por oficio á fin de ganar mi subsistencia.

— ¿Ha publicado Vd. alguna cosa?

— Jamás.

— Sin embargo, habrá Vd. escrito; tendrá Vd. guardadas sus obras inéditas.

El joven hizo una señal afirmativa.

— ¿Y dice Vd. que piensa vivir con el producto de sus manuscritos?

— Seguramente; y á decir verdad, cuento con todo y con nada, con mi buena suerte, mas que con mi talento; apostaría á que encuentro un editor.

Al oír estas palabras el interlocutor se sonrió exclamando:

— Lo dudo.

— ¿Y por qué?

— Porque no tiene Vd. nombre, porque carece Vd. de reputación; yo soy editor, y puedo hablar con conocimiento de causa.

— ¡Usted es editor! ¡Qué fortuna! ¡Ya estoy salvado!...

— ¿Y quién le ha dicho á Vd. que yo le compraré sus manuscritos? Sería Vd. el primer desconocido con quien habría tratado en mi vida.

— No soy un desconocido, puesto que Vd. ha aceptado el convite de mi cena. Hasta mañana pues; prepárese Vd. á recibir papelotes.

El editor no dijo que no; aquel joven le agradaba, y al otro día tomó sin prevención el manuscrito de una novela, y después de haberle leído atentamente, le compró por quinientos francos, ni más ni menos que lo que habría dado á un autor conocido. Esta obra olvidada hace ya años, gustó entonces y fué el primer escalon por donde ha subido su autor al templo de la gloria y de la fortuna.

A propósito de literatura, las correspondencias particulares de los diarios extranjeros acaban de traernos una noticia que deseamos ver confirmada. M. E. Pereire ha dado un gran banquete con ánimo de establecer las bases de una empresa colosal, cual es la publicación de una vasta Enciclopedia.

Todo Paris, casi podriamos decir todo el mundo, conoce á M. Pereire, que de la nada ha venido á ser un competidor de M. de Rothschild. M. Pereire ha pasado una gran parte de su vida imaginando y realizando obras gigantescas, como barrios nuevos, calles nuevas, hoteles por el estilo de los que se ven en los Estados Unidos, etc., etc.; y hé aquí que ahora, sin abandonar todos esos trabajos hercúleos, se propone también reemplazar los vetustos monumentos del saber, como ha reemplazado en Paris las casas insalubres de otras épocas, por nuevas construcciones confiadas á los escritores más ilustres; esto es, ha ideado dar á luz una Enciclopedia que esté más en armonía con las modernas necesidades que todas las que hasta hoy se han hecho, y el banquete á que nos referimos ha tenido lugar para fijar la distribución, el espíritu, la extensión y la forma de la obra. La idea es grandiosa, tanto más, cuanto que no se trata de un simple diccionario, de un resumen más ó menos concienzudo, sino de una obra vasta, completa, estudiada, de un repertorio entero de los conocimientos humanos. No nos parece necesario engañar la importancia de semejante trabajo, que sin duda alguna formará un monumento intelectual digno de nuestra época.

Aun no sabemos el título, y en este punto le deseamos á M. Pereire más fortuna de la que ha tenido en su hotel del boulevard de Capucines, y en su morada campestre situada en el bosque de Armainvillers. El primero recibió el nombre de Gran hotel de la Paz, y la segunda el de palacio de Armainvillers; pero como existía otro hotel de la Paz cerca del boulevard y otro palacio de Armainvillers no lejos del bosque, el tribunal civil del Sena ha ordenado sucesivamente á M. Pereire que quite los nombres á esas dos construcciones, y con efecto, la primera ha venido á llamarse simplemente el Gran Hotel, así como la otra podrá llamarse sin duda el Gran Palacio, en razón á que tiene las dimensiones de las Tullerías. Sirva este doble aviso para bautizar con acierto á la Enciclopedia, pues en Francia se conocen varias de estas obras, cuyos editores no desearían más que tener fundados motivos para entrar en relaciones judiciales con el millonario Pereire.

MARIANO URRABIETA.

### La Luna y la Tarde.

Enamorada y celosa,  
Andando todo el Levante,  
Al sol buscando la Luna  
Camino al Poniente sale.

Allá encendieron sus celos  
Los obsequios, los afanes  
Que á una virgen ¡y cuán bella!  
Prodigó el pérfido amante:

Ella misma oyó de Aurora  
Las enamoradas frases,  
Ella misma vió en su frente  
Las perlas y los diamantes:

Aun encontró en torno á ella  
Las rosas sin marchitarse,  
Y otras rosas aun más vivas,  
Por su mal, en su semblante.

Hora acá, porque no quede  
Traición que no lo delate,  
Perfidia que no la ofenda  
Ni esperanza que la engañe,

La triste á llegar acierta  
Cuando otra virgen, la Tarde,  
Del amador licencioso  
Lamenta las veleidades.

Los blondos rizos tendidos,  
Melancólico el semblante,  
Suelos de su veste al viento  
Los pajizos tafetanes,

Sobre la cumbre de un monte  
La halló embebida en mirarle  
Cuando él triunfante volaba  
De su dolor sin cuidarse.

Las quejas que esta le envía  
De aquella aduermen los males,  
Que suple al bien la venganza  
En despechados amantes;

Mas pronto advierte esparcidos  
A las plantas de la Tarde  
Del reciente galanteo  
Los despojos criminales:

Aquí relumbra un topacio,  
Allí un zafiro, aquí yace  
Olvidado un cerco de oro,  
Joyas de sus sienas reales;

Y los cojines de grana  
Y tapices de corales  
Donde á sus piés extendido  
La requiebró delirante.

Pálida como la muerte  
Delante vestigios tales,  
Faltarle siente las fuerzas  
Y las lágrimas sobrarle.

Una á otra, frente á frente,  
Contempláronse un instante,  
Cuanto en bellezas distintas  
En desventuras iguales;

Y á lamentar su abandono  
Entrambas fueron, la Tarde,  
En el seno de la noche,  
La Luna, en el de los mares.

JOSE A. CALCAÑO.

## Poesía.

I. M.

I.

Era un jardín lozano y primoroso  
Do mil flores regó la primavera,  
Donde el ave su canto melodioso  
Daba alegre á la brisa pasajera.

Allí no se escuchó nunca un gemido,  
Que hasta el aura al cruzar entre las flores  
Remedaba el cantar dulce y sentido  
De los sueltos, alados trovadores.

Y hasta el mar que tranquilo se abatia  
A las flores rindiendo su homenaje,  
Cuando la aurora tímida lucía  
La saludaba con su voz salvaje.

Allí había vida: el aura vagarosa  
Rizaba la onda pura de la fuente,  
La palma columpiaba al aire airosa,  
Perfumes y frescor era el ambiente.

Aun no subido el sol, una mañana  
Al descender la luna ya sin brillo,  
El mar su voz unía soberana  
Al sonoro cantar del pajarillo.

Todo era luz, encanto y armonía,  
Que regalando al aura mil olores  
Una rosa su cáliz entreabría,  
Y la llamaron ¡reina de las flores!

Y era verdad; el bello colorido  
De aquella flor hermosa y perfumada,  
Era mas puro que el azul florido  
Que presta al mar la bóveda estrellada.

El sol al verla bella cual ninguna  
La prestó sus colores celestiales,

Y hacía su ocaso al descender la luna  
La coronó de perlas virginales.

II.

Si las auras, los árboles, las flores,  
Son un canto de plácida alegría,  
¿Porqué del mar se tornan los rumores  
En un grito angustioso de agonía?

Si todo es luz en la gentil pradera,  
Todo ilusión y amor, todo esperanza,  
¿Porqué hácia ella lúgubre y ligera  
Pálida vela sin temor se lanza?

¿Es presagio, es temor? ¿Porqué las aves  
Cortan de pronto sus hermosos trinos,  
Porqué no se oyen los murmurios suaves  
De los rios que corren cristalinos?

¿Qué trae ese bajel? ¿Porqué suspende  
Su agitacion el piélagos ondeante,  
Y en vez de canto los espacios hiende  
Gemido sepulcral, agonizante?

Una vision los aires atraviesa,  
La flor mas bella recibió su aliento,  
Y en sus fragantes hojas quedó impresa  
La marca funeral del sufrimiento.

No mas abrió sus pétalos la rosa,  
En su inocente tallo quedó inerte,  
Que aquel bajel de gala luctuosa  
Era el bajel helado de la muerte.

CARLOS CALCAÑO.

## Descubrimiento del origen del Nilo.

Ciudades sin cuento hay, y entre ellas muchísimas opulentas y de primer orden, que no existen sino por los rios en cuyas márgenes se fundaron. Respecto del Nilo sucede mas, y es que ha dado el ser á una nacion entera, y la mas noble y maravillosa de las naciones, aquella de donde procede, si bien se considera, la moderna civilizacion.

Que esto es así se deduce del hecho de que no lloviendo, como no llueve, en aquella region, la tierra seria de todo punto estéril sin las inundaciones del rio. Y por otra parte, todo el suelo de aquel inmenso valle se halla formado por los sedimentos que el rio va dejando, compuestos de un limo tenuísimo y fértil en extremo, el que alcanza una profundidad tal, que habiéndose abierto hace diez años 82 pozos en diferentes puntos por disposicion de la Sociedad real de Londres, algunos de sesenta piés ingleses de hondo, continuaba todavia sin variacion notable. Agréguese á esto que todo el terreno que comprende el bajo Egipto ó el delta, fué robado por el Nilo al mar, acaso ya antes de la existencia del hombre sobre el globo.

Y el origen de este gran rio era desconocido todavía! Desde Tolomeo se venia diciendo que nacia en los montes de la Luna, y hasta ahora no se sabia decir otra cosa. En el siglo pasado, y aun en el presente, muchos fueron los que emprendieron hacer este descubrimiento, aunque en vano, á pesar de los heroicos esfuerzos, de la perseverancia y de los sacrificios de toda suerte que se hicieron. Se creia conseguirlo siguiendo el rio aguas arriba; pero dividido en un gran número de afluentes en su cuenca superior, no se llegó nunca á acertar con el principal; y por un singular concurso de circunstancias no se efectuó sino siguiéndole aguas abajo.

Al principio se pudiera creer que, como sucede en otros muchos rios, ese origen fuese complejo, esto es, que procediese de un conjunto de corrientes, ninguna de las cuales mereciese el nombre de principal; y lo que al fin se vió es justamente lo contrario; que sale ya hecho rio de un lago con 450 piés ingleses de ancho en su embocadura inicial, del lago Hianga, situado en el centro del Africa y bajo el Ecuador, y cuya mayor anchura es cuando menos de 170 millas. Hasta en el nacimiento es magnífico y singular este rio; ni hay otro en el mundo que pueda serle comparado. De él si que puede decirse sin exageracion alguna que es

Rey de los otros rios caudaloso,

no del pobre Guadalquivir (desde cuya desembocadura casi se ven las montañas donde nació, á lo menos haciéndose un poco á la mar), como dice Góngora en uno de sus sonetos.

Solo el Nilo merece ese alto concepto: el Nilo, que desde los tiempos mas remotos, ya con el nombre de *Egiptus* primeramente, ya con el de *Oceanus*, fué considerado como una divinidad; el Nilo, de tan largo y por tantos siglos ignorado curso; el Nilo, que tan grande influjo tuvo en los destinos de la humanidad; el Nilo, cuyas aguas pugnaron por beber tantas varias naciones; el Nilo, á cuyas riberas fueron á buscar la luz de la sabiduría y la civilizacion los Tales, los Pitágoras, los Demócritos, los Herodotos, los Platones para derramarla por el mundo; obra que continúa todavia y que adelanta siempre, hoy mas que nunca, y que adelantará mañana mas que hoy, de tal modo, que si fuese pesible reunir

en un libro todos los hechos que á ese progreso se refieren y tienen lugar en un solo año en nuestra época, seria preciso que tuviese algunos miles de páginas.

Los árabes no creerán que se ha hallado este origen: á lo menos mientras no lo vean con sus ojos seguirán creyendo que desciende directamente del paraíso. ¡Ah! Yo me he sentido también mas de una vez casi inclinado á creerlo así. He visto siempre algo de maravilloso, de providencial en ese rio, y aun acaricié siempre en mi espíritu la idea de visitar la magnífica region que vivifica, ¡sueño dorado de mi vida que acaso no veré nunca satisfecho! Seguramente que no me resigné á no moverme del sitio que me vió nacer; pero me he movido en un círculo mas reducido, que no siempre se puede hacer lo que se anhela.

¡Cuán envidiable gloria la que el capitán Speke y su compañero Grant han alcanzado con el inesperado descubrimiento que tanto ha debido impresionar á todo el mundo científico! ¡Qué estrella tan feliz la de ver unidos sus nombres al gran nombre del Nilo! ¡Por cuántas fatigas habrán tenido que pasar! Pero las fatigas, ¿qué son cuando se consigue un objeto semejante? Entonces su memoria misma ayuda á aumentar la satisfacción suavísima que siente el alma. En su última exploracion nada menos que dos años y medio emplearon en seguir el curso del prodigioso rio desde su origen hasta el Egipto en la extension de mas de 6,000 kilómetros, atravesando yerros interminables y por un clima abrasador. La prueba no puede ser mas concluyente, y todas las dudas se han desvanecido. Este no es otro que el Nilo. Ninguno de sus afluentes procede de mas lejos, ni lleva tantas aguas.

Grande entusiasmo ha producido entre los ingleses el descubrimiento de sus compatriotas. El ilustre anciano sir R. I. Murchison, una de las eminencias científicas de su país, al dar cuenta de los progresos de la geografia en el año que acaba de pasar, en un discurso que duró tres horas, como presidente de la Sociedad geografica de Londres, fué el que tuvo la satisfacción de dar á conocer este acontecimiento en medio de los aplausos de la numerosa concurrencia que asistía á aquella memorable sesion, y que á veces embargaban su voz. En seguida presidió tambien una comida en la que se contaban 150 personas, que duró desde las ocho á las doce de la noche, en la cual no escasearon los brindis y los discursos, alusivos al objeto que los habia reunido, y en que no faltaron por cierto los del presidente. ¡Qué día para este! «Yo no sé cómo vivo» escribía al día siguiente á uno de sus amigos.

Un tiempo España y Portugal tuvieron tambien, y antes que la Inglaterra, grandes descubridores, como lo testifican los nombres de Colon, Vasco de Gama, Vasco Nuñez de Valboa, Magallanes, Américo Vespucio, Elcano, Ponce de Leon, Juan Fernandez y otros tantos, y aun los de muchos rios, cabos, islas, pueblos y regiones en las zonas mas apartadas. Y tuvo tambien una reina, primera iniciadora de estas brillantes empresas, á cuya memoria profeso yo por esto un verdadero culto, reina que en el cuadro de nuestra historia se presenta como una de sus mas grandes y simpáticas figuras. ¿Cómo se han cambiado nuestros destinos en esta parte? ¿Qué causas atajaron á esta nacion en la carrera de su engrandecimiento sin que el ejemplo de los extraños nos sacase del letargo que se habia apoderado de nosotros?

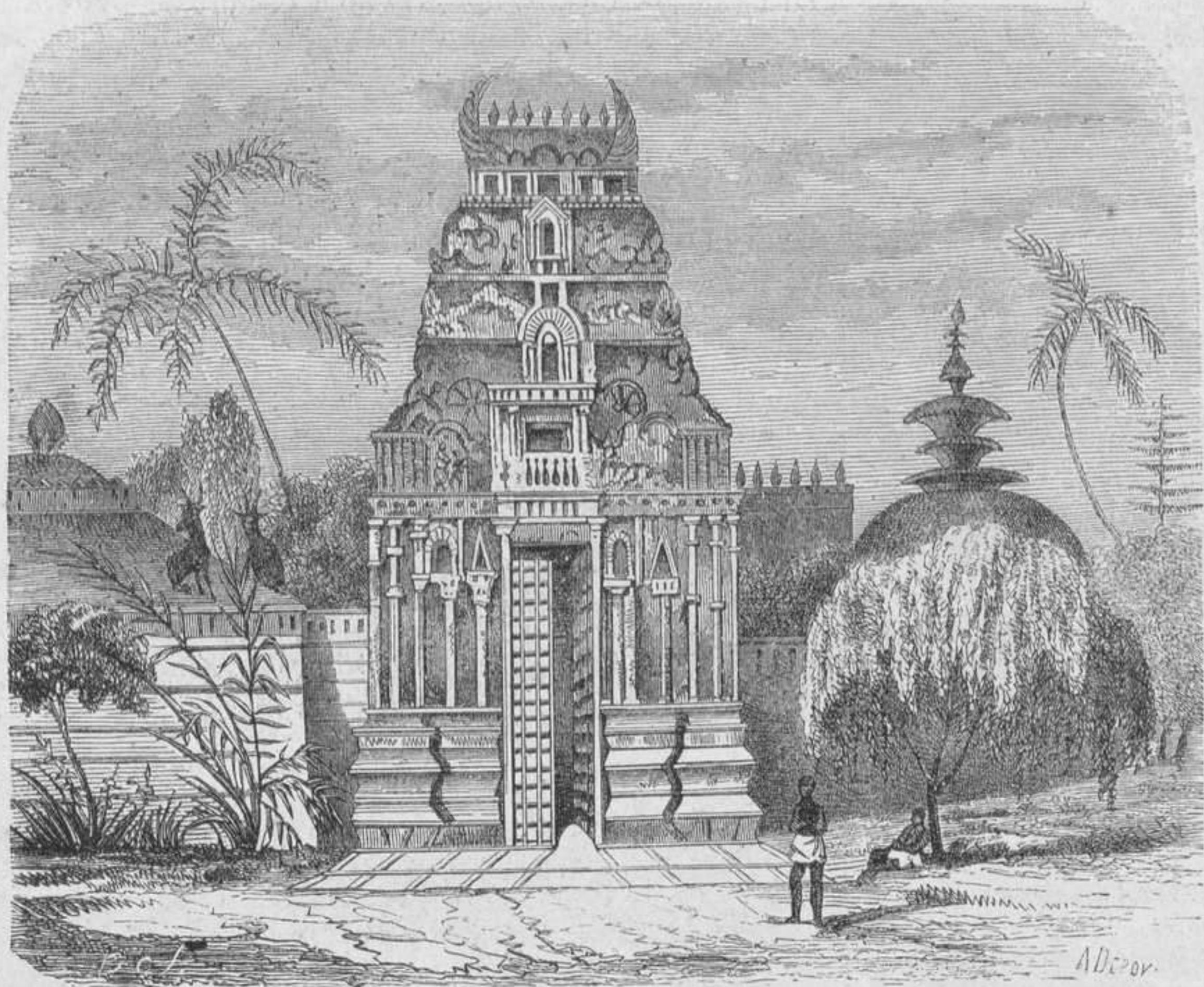
España se levanta al fin de la postracion en que yacia. De esperar es que rotas las ataduras que compriman los espíritus, en adelante tome la parte que le corresponde en todos los ramos sobre que se ejerce la actividad humana, nunca mas pujante que ahora. En la época que atravesamos se va notando el fenómeno de que casi todos los que se sienten con gran capacidad y ambicion de gloria apenas se dedican al cultivo de las ciencias matemáticas, físicas y naturales, y sus aplicaciones á las artes y á la industria. ¿Porqué se ha de creer que la política y la amena literatura les son preferibles? ¿Porqué no ha de haber hombres para todo, como los hay en Inglaterra, en Francia, en Italia, en Alemania, en los Estados Unidos, etc.? El gobierno debiera inquirir las causas de este mal, que es deplorable, y procurar en lo posible su remedio. Acaso no es factible que las ideas se modifiquen de pronto en esta parte; pero si en realidad es muy grande la gloria que alcanzaron un Jimenez de Cisneros y un Cervantes ó un Calderon, no es por cierto menor la que lograron un Newton, un Lavoisier, un Wat, un Stephenson, que estoy seguro no trocarian la suya por la de aquellos, ni por la de un Colbert, un Pitt ó un Roberto Peel, un Milton ó un lord Byron.

CASIANO DE PRADO.

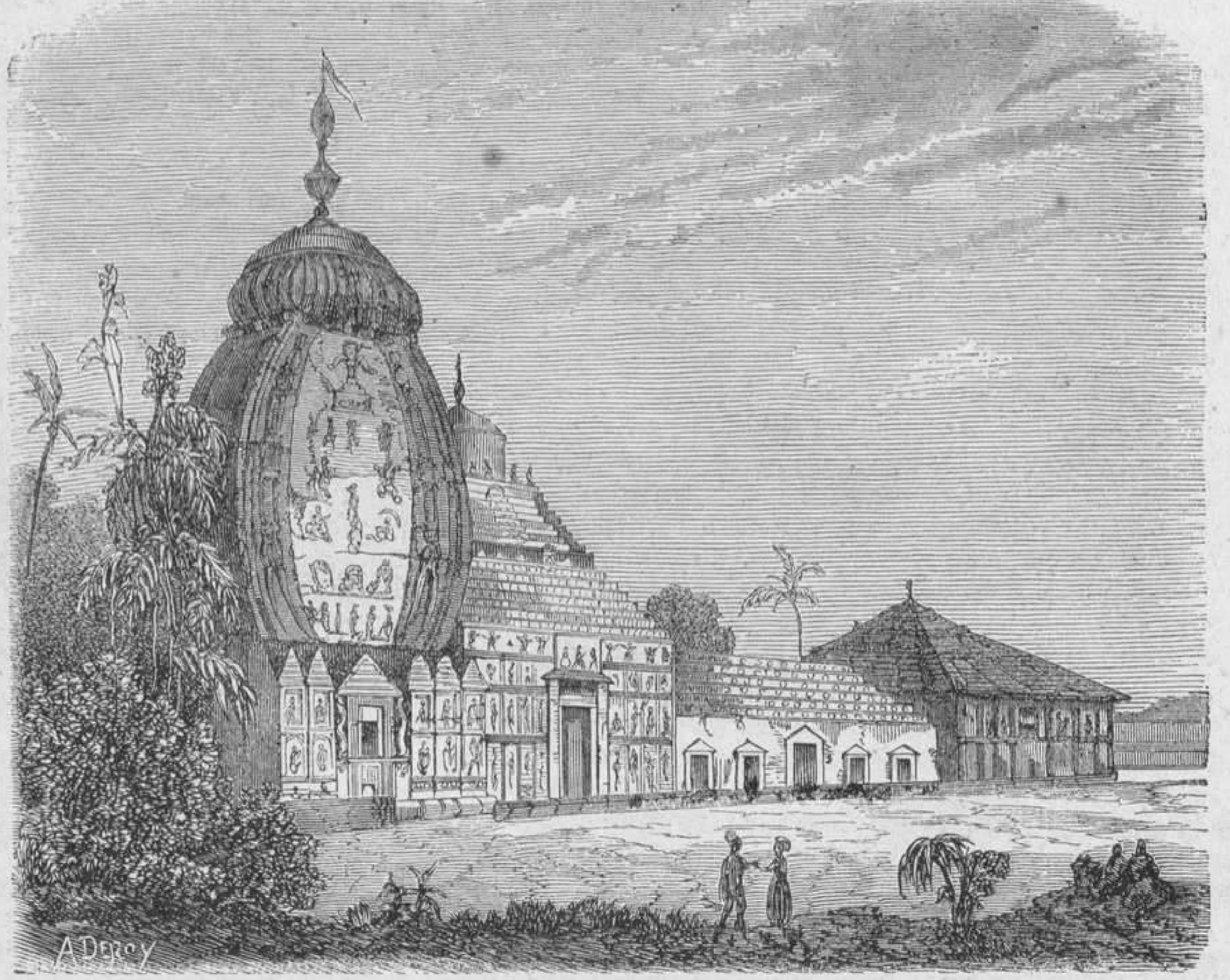
## Establecimientos franceses en la India.

NOTAS SOBRE KARIKAL Y SU TERRITORIO.

Existen en Francia muchas personas en quienes el nombre de la India ha producido siempre un efecto mágico despertando en ellas una idea vaga de riqueza y de hermosura. Entre estas personas hay pocas que saben que la Francia posee algunas pequeñas colonias diseminadas aquí y acullá en medio del vasto imperio anglo-británico. Pondichery y Chandernagor, hé ahí todo lo que se recuerda de esas colonias, pues Chandernagor tiene sin saber porqué el privilegio de fijarse en la memoria, en tanto que Karikal, el segundo de los estable-



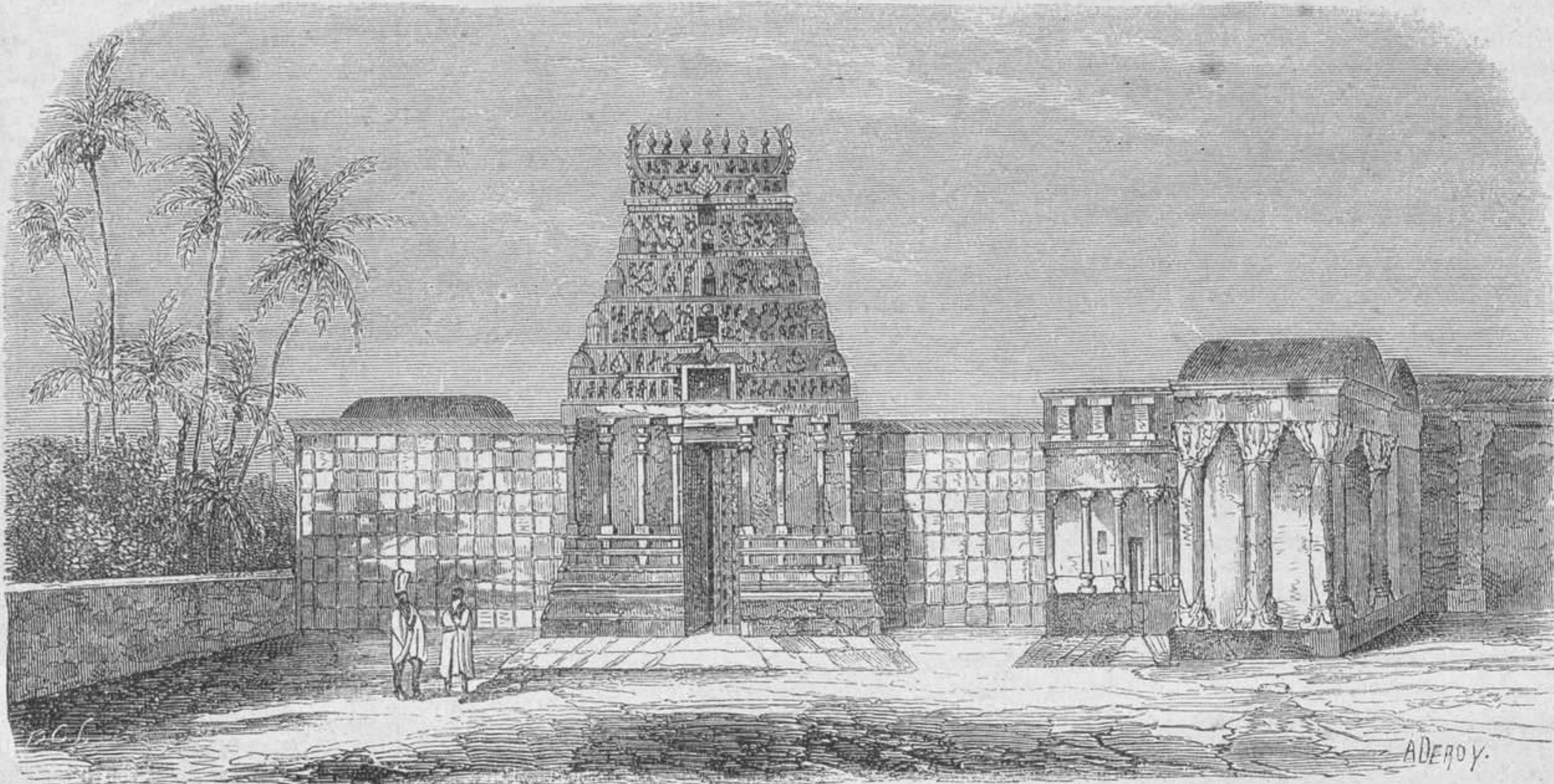
Pagoda de Pondichery.



Pagoda de Jagrenat.

cimientos franceses, está olvidado por todo el mundo y colocado en última línea por la mayor parte de los geógrafos. Con este motivo, parecemos conveniente dar aquí algunos detalles sobre ese establecimiento que no carece de importancia, y al mismo tiempo aprovecharemos la ocasión de hablar un poco de las costumbres de aquellos países; diremos cuáles son los objetos mas curiosos que pueden llamar la atención de los viajeros en Karikal, y concluiremos con algunas notas sobre la población, el comercio, la industria y las rentas del Establecimiento.

RELIGION INDIA. *Pagodas.* — La India, a consecuencia de su carac-



Pagoda de Tirunalar.

se prolonga hasta delante de la cárcel (thana). Por ambos lados del pandal se colocan los vendedores de brazaletes, los pasteleros, los confiteros, los vendedores de polvos de colores, de plátanos y otras frutas, acompañamiento ordinario de todas las fiestas indias.

A este vestibulo sigue otro con pavimento de granito de Trichenapally, y que conduce a la pagoda. Esta pagoda forma un largo rectángulo en medio de un patio, y en la tapia de cerca hay una inscripción tamula. Delante por la derecha, cuelga una campana gruesa y tosca fija por arriba a un travesaño, y únicamente el badajo se pone en movimiento por me-

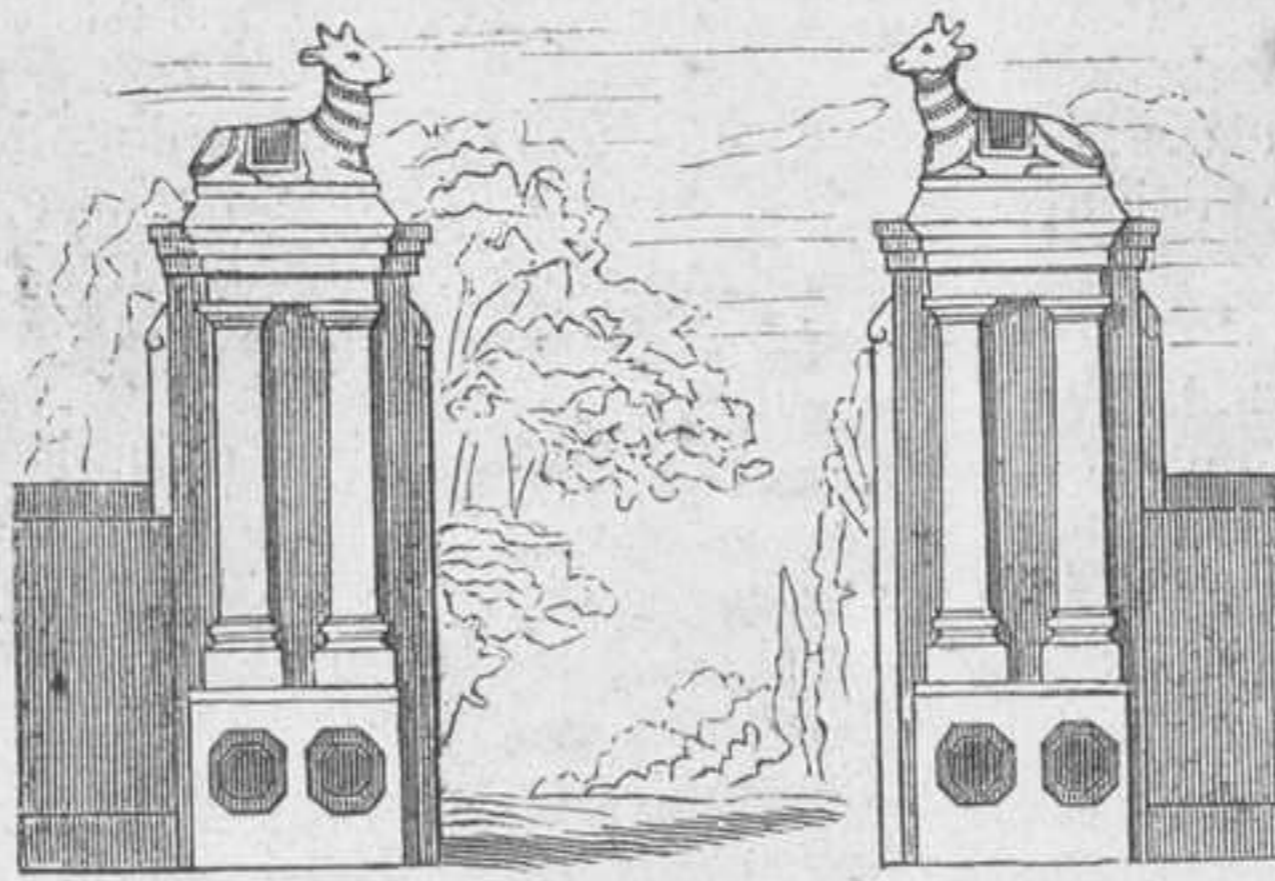


Escultura del carro de Tirunalar.



ter teocrático, no tiene otros edificios notables que sus pagodas, irregulares construcciones que no pueden compararse con ninguno de los diversos modos de la arquitectura europea.

La pagoda mas célebre de toda la India es la de



Entrada de la pagoda de Tirunalar.

dio de una correa.

La pagoda está flanqueada por un número infinito de templos pequeños. Al frente, sobre el lado izquierdo, está el lugar destinado a los sacrificios. — Una puerta a la derecha, sobre la cual hay una estatua de Ravana,



Escultura del carro de Tirunalar.

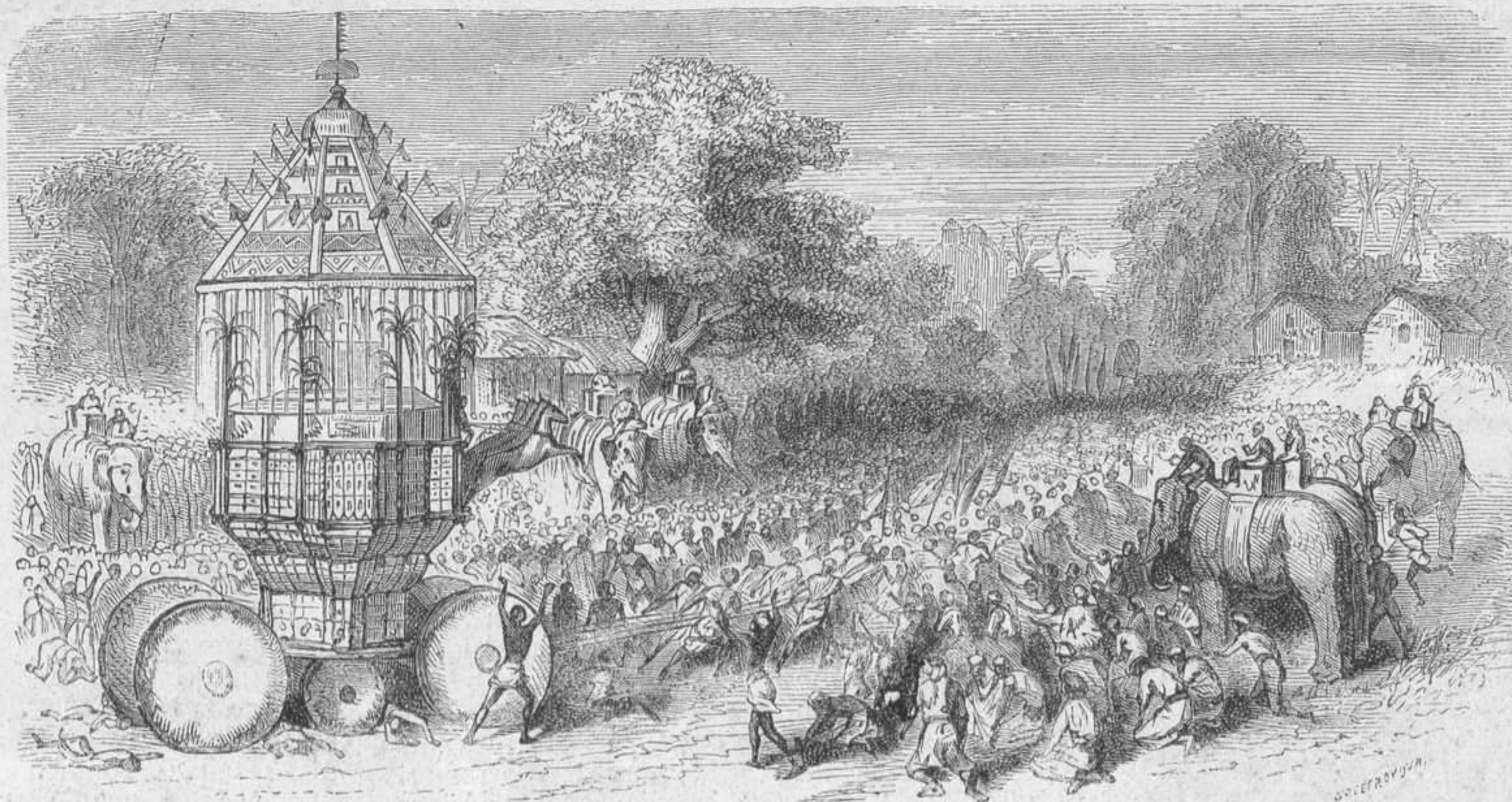


Jagrenat en el distrito de Cattack, sobre la costa de Orissa.

La segunda pagoda famosa es la de Chellambrom (Sidambaram) en el camino de Pondichery a Karikal, consagrada a Siva.

La pagoda principal de Pondichery esta consagrada al dios Vedaburievava.

La pagoda mas notable del establecimiento de Karikal es la de la aldea de Tirunalar al Oeste de Karikal. La aldea en si no ofrece nada particular, pero en cierta época del año la fiesta de la pagoda atrae a ella un crecido número de indigenas. Esta pagoda esta dedicada al dios Tyagaradja (el rey de los dones) Siva. Es muy espaciosa; delante se extiende como un vasto vestibulo cubierto durante la fiesta por un ancho pandal que



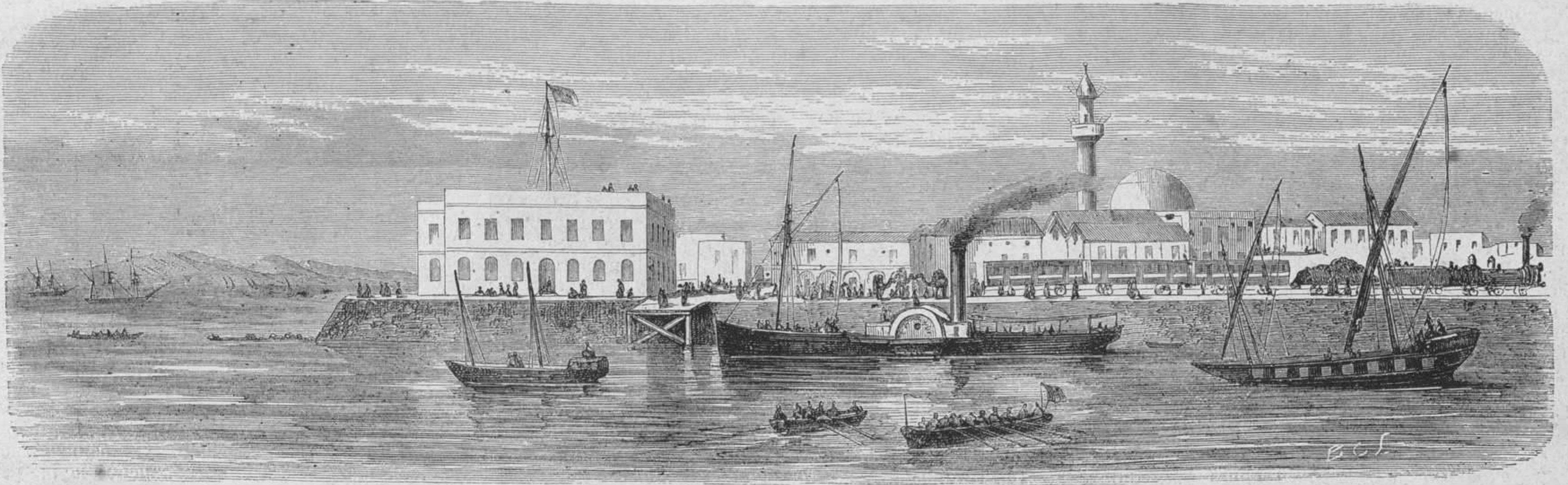
Procesion del carro de Tirunalar.

conduce al estanque, pues toda pagoda tiene su estanque.

Una especie de pirámide cuadrada con la fachada esculpida y adornada de estatuas grotescas de diversos colores, se encuentra sobre la puerta de la pagoda. En los dos pilares que forman la entrada del vestibulo se halla la estatua del toro Nandi, montura de Siva.

El número de servidores de la pagoda asciende a un centenar, entre los cuales hay unas veinte bayaderas (bailarinas) de todas las edades. Estas mujeres son muy instruidas, tienen maestros, saben todas el telinga y el tamul, que hablan y escriben facilmente. La mayor parte de sus cantos están en telinga, y a veces en sanscrito. Todos los dias van muchas veces





El desembarcadero en Suez.

á la pagoda, pero como los demás servidores no viven en ella, sino que habitan casas separadas en las calles adyacentes.

La fiesta de Tirunalar se celebra en el mes de Vaigasi (mayo) y debe durar diez dias, pero á menudo se acaba antes por falta de brazos para poner el carro en movimiento. El sexto dia comienza la procesion de la divinidad. La vispera traen á la divinidad Tyagaradja en el gran carro con largas ceremonias. Este carro tiene seis ruedas de madera maciza, cada una de seis pulgadas de grueso. Formado de una armazon muy historiada, tiene una especie de cúpula cubierta de colgaduras de distintos colores. Por delante á guisa de conductor, hay una figura toscamente esculpida, cuya mano parece dirigir cuatro enormes caballos de carton suspendidos delante del carro. Este se halla adornado de divinidades en actitudes extrañas y de animales verdaderos ó fantásticos, y tiene de altura unos cincuenta piés.

Se calcula que se necesitan como unos cuatro mil indios para poner el carro en movimiento. Por todo el Establecimiento se toca el tambor para llamarlos, y ellos

**La Compañía peninsular**

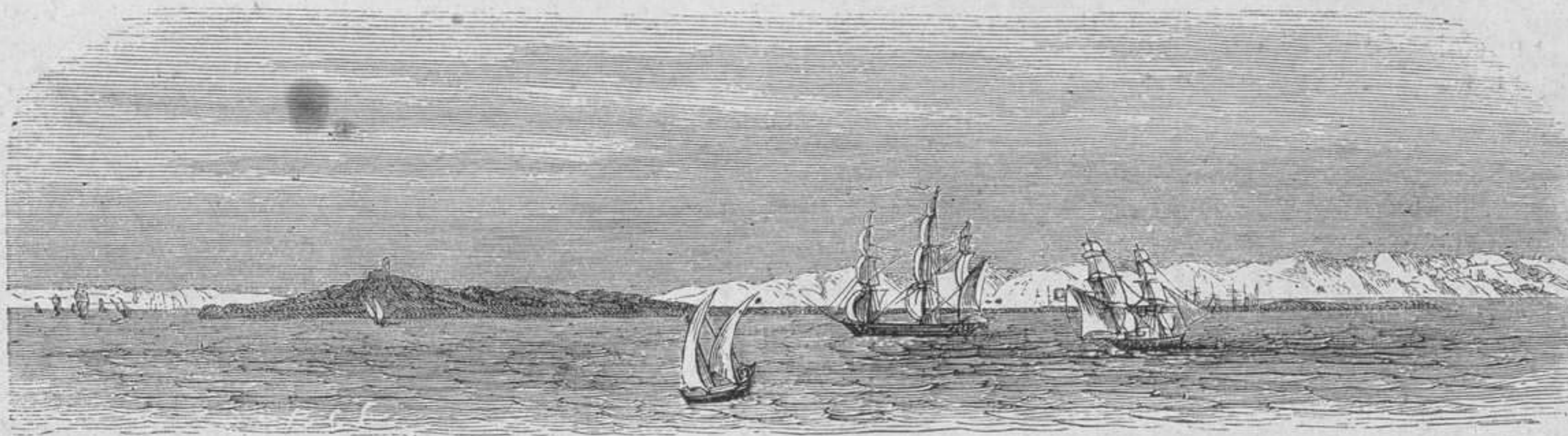
DE LAS INDIAS INGLESAS Y DE LA CHINA.

El istmo de Suez está abierto gracias á la perseverancia y al valor de M. de Lesseps, y gracias al apoyo del último soberano de Egipto. El nuevo virey de este

ban el reino Afghan, la Persia y los desiertos contiguos á la Siria, para llevar sus productos á las márgenes del Mediterraneo, donde eran embarcados, sobre todo por los buques venecianos con destino á los diversos puertos de Occidente.

El comercio con la China se hacia tambien por esta via, sin contar los numerosos envios de té por la Siberia, tránsito que se hace aun con gran ventaja de la Rusia.

La tercera via de comunicacion era el mar: los buques, ó mejor dicho, las barcas indias, malayas y árabes, contribuian á trasportar los objetos de la India ó de la China hasta la entrada del mar Rojo, y se detenian ya en Massoah, el único puerto de la Abisinia, ya en Aden, para mandar sus mercancías por tierra á Egipto, ó por caravanas que atravesaban la Arabia, pues la navegacion



Vista de Perim por el lado oriental.

pais tan lleno de porvenir, se anuncia no menos dotado de iniciativa que su predecesor. Además los vapores franceses de las Mensagerias surcan ya los mares de la India, y la Francia acaba de obtener una concesion de terreno en Punta de Gall (isla de Ceylan) para un depósito de carbon.

del golfo Arábigo, mar angosto y encajonado, era casi imposible para buques de vela, y las costas de la Arabia estaban entonces infestadas de piratas.

Todo cambió de aspecto con el uso de los buques de vapor. La travesia del mar Rojo no fué ya sino un juego para las ruedas de los steamers, y desde aquella

Es ocasion de echar una ojeada sobre la compañía de vapores ingleses que ha precedido á los franceses en la nueva via abierta á su navegacion de vapor: queremos hablar de la Compañía peninsular y oriental, que pone en relacion la Europa con la extremidad del Asia.

El nombre de Compañía peninsular procede de que estaba desti-

nada en un principio á servir únicamente la peninsula india.

Hasta entonces se habian seguido diferentes vias para el tránsito comercial entre la India y la China por una parte, y la Europa por otra. El camino mas antiguo es el que tomaban las caravanas de la India que atravesaba-

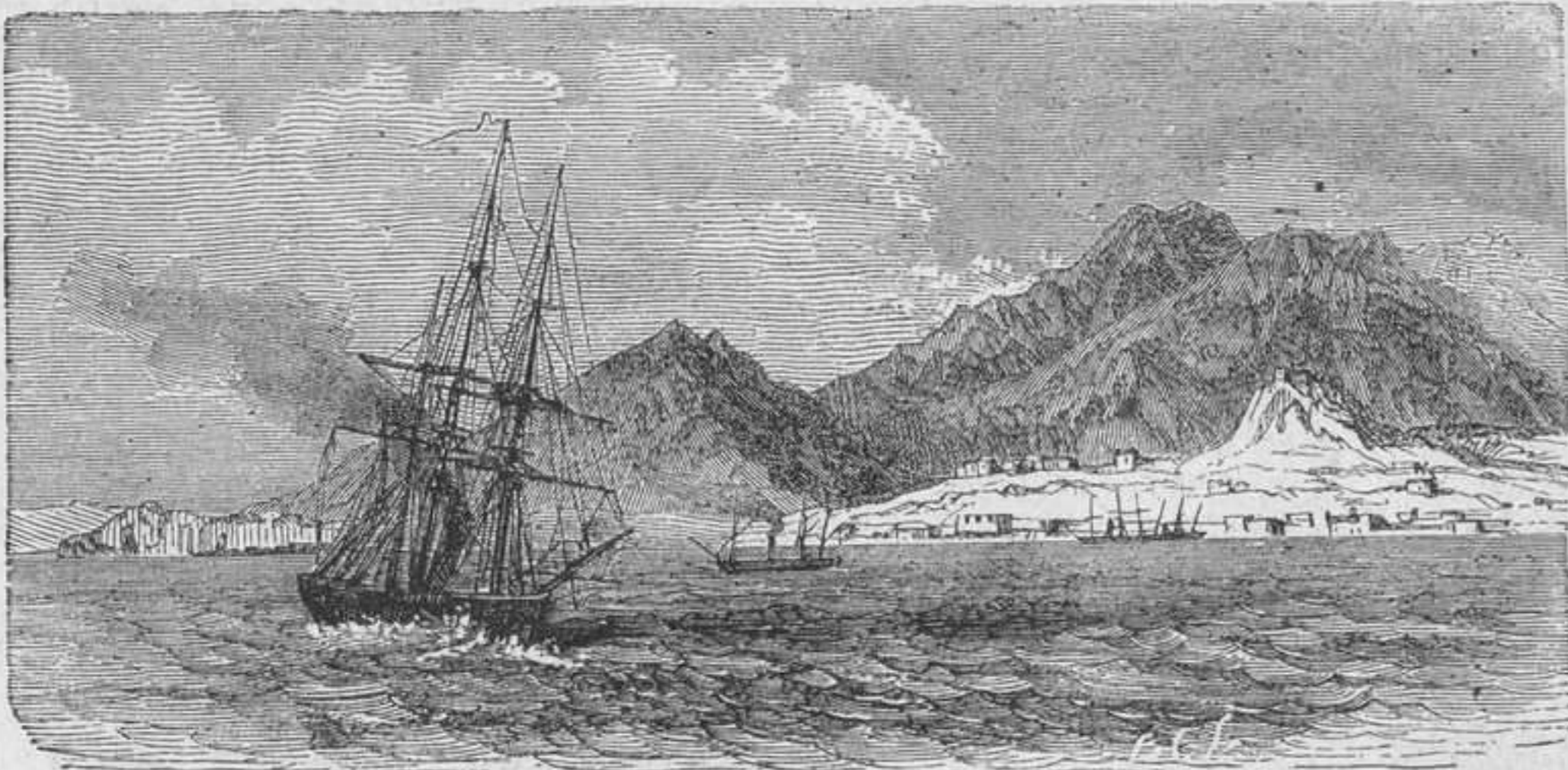
época quedó instalada esa importante compañía que comenzó por depender de la grande Compañía de las Indias, y destinó especialmente sus buques al servicio de los establecimientos de Calcuta y de Bombay.

Mas tarde los vapores fueron hasta la China, y despues hasta la Australia.

La comunicacion por el Egipto, es decir, entre Suez y Alejandria, se organizó admirablemente — Gigantescos vehiculos arrastrados por camellos, llevaban al través del istmo mercancías y viajeros hasta el instante en que una línea férrea hizo la distancia casi nula.

Los primeros vapores eran grandes buques de ruedas (aun se utilizan hoy como almacenes flotantes en los diversos puntos de arribada), buques que podian trasportar un crecido número de viajeros, de una marcha segura, pero no bastante rapida, como todos los vapores de construccion antigua.

Sin embargo, se habia obtenido un gran resultado.



Aden.

llegan por grupos y se sientan en el suelo despues de haber recibido del director de la pagoda el betel que constituye la ofrenda acostumbrada y que llaman *Kalandji*, cerca de unas gruesas maromas atadas al carro y tendidas hasta muy lejos por el camino. Además, les entregan una medida de arroz.

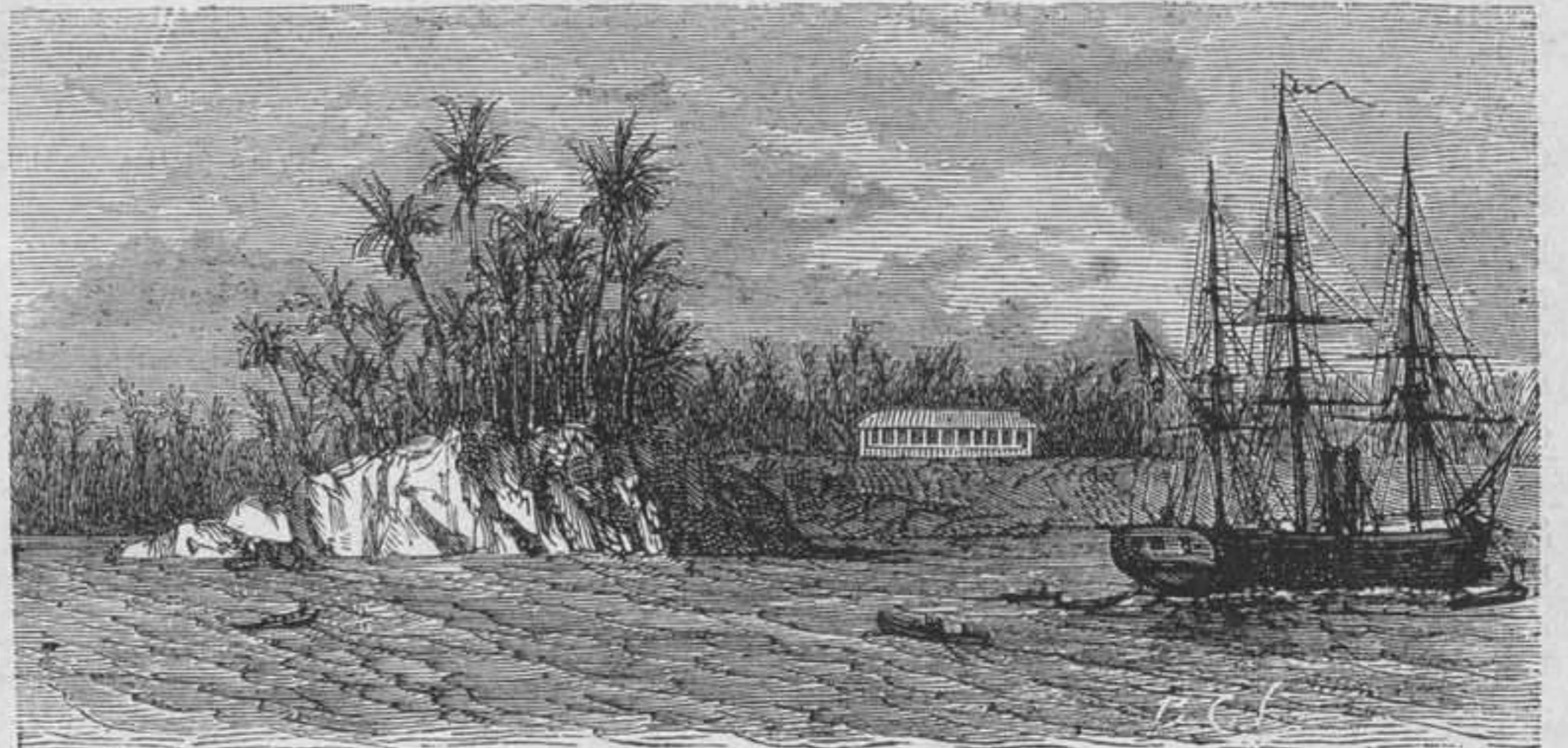
Al gran carro acompañan otros cuatro mas pequeños con las estatuas de las divinidades secundarias.

Los carros se ponen en movimiento por largas filas de hombres que tiran de las maromas. Con la cabeza vuelta hacia el carro le hacen andar muy lentamente á los sonidos de la música estrepitosa que despiden los instrumentos indios.

Todo el tiempo que tarda el carro en dar la vuelta á la pagoda se hacen diferentes ceremonias que seria muy largo enumerar aquí. La fiesta se termina dos dias despues que el carro se ha colocado de nuevo en su antigua posicion.

J. V.

(Se continuará.)



Punta de Gall. — Lado sur de la rada.



Singapore. — El parque de carbon.

La India estaba en relacion casi directa con el Mediterráneo; las tropas podían llegar ya por esa vía, y luego cuando se halló el hélice, cuando un buque pudo hacer trece millas por hora, el servicio fué mas regular, y se instalaron vastos depósitos de carbon en Aden, en Punta de Gall, en Calcuta, en Bombay, en Singapore, y en todos los puntos adonde debían tocar los vapores.

Hoy la Compañía peninsular cuenta solo en la India, entre Suez y Singapore, lo menos doce steamers de marcha veloz, y ha construido en Bombay y en Singapore astilleros y talleres de máquinas; continuamente fleta buques de todas las naciones que llevan combustible a todos los lugares de escala.

No obstante, por bien instalada que pueda estar, tiene grandes gastos, y así es que lleva muy caro por los pasajeros y por las mercancías. Un viajero paga mas de 3,000 francos para ir a la China; y a pesar de estas condiciones, a pesar de su subvencion anual, hay años en que las entradas apenas cubren los gastos, lo que consiste en que si gana para la India, pierde para la Australia. Por esta razon ha tenido que suprimir hace poco una línea establecida entre Singapore y las islas Filipinas, travesía que hacen ahora cada quince dias vapores de guerra españoles.

Pero como la Australia, rica en metales preciosos, va prosperando cada dia, como el comercio con la China toma, sobre todo despues de la última guerra, una extension mayor cada dia, la Compañía peninsular no corre riesgo alguno, y en esta persuasion se ocupa activamente en perfeccionar los recursos de que dispone.

La Compañía peninsular, además de la bandera nacional encarnada sobre la cual se ve un áncora amarilla, tiene una bandera tricolor especial para su palo mayor.

Los vapores están mandados por oficiales de una capacidad reconocida, todos pilotos de las escalas principales.

Los europeos no abundan en la tripulacion, y componen el personal de los contramaestres, timoneros y mayordomos; en el resto figuran marineros y fogoneeros de todos paises, indios, malayos, chinos ó árabes reclutados en todo el trayecto.

Para hacer los cargamentos en los fondeaderos toman hombres a jornal. El tiempo de las arribadas se pasa en cargar, descargar y hacer carbon, todo se ejecuta con una prontitud sorprendente. En veinte y cuatro horas no mas, gracias al número de brazos empleados, gracias a los barcos llenos de carbon que se suceden sin interrupcion, se carga el carbon, se descarga la mercancía, se embarcan otros fardos, y todo está pronto para la partida.

Hablemos ahora del itinerario de estos vapores.

Las mercancías y los viajeros procedentes de Europa por la vía férrea establecida entre Alejandria y Suez, se depositan en este último punto al borde de la mar, y los bultos son embarcados en embarcaciones árabes que los trasportan a la rada cuando hay brisa, y si hay calma ó el viento es contrario, las ayuda un vaporcillo.

Suez no tiene nada de pintoresco: situada en medio de un desierto pelado, la poblacion está separada de la rada grande por bancos de arena que descubre la marea baja, y a cuyo través hay un canal muy angosto, de modo que para llegar hasta los buques anclados en la rada, los botes deben dar un largo rodeo, a pesar de la corta distancia que separa a Suez del sitio del fondeadero.

Los vapores tardan como cinco dias en atravesar el golfo Arabigo, navegacion que exige buenos pilotos, pues las orillas de este mar están pobladas de tribus errantes muy crueles, habiendo además muchos escollos; pero quizá se han exagerado estas dificultades, sin pensar que el vapor triunfa fácilmente de muchos obstáculos.

El calor en el mar Rojo es insoportable, tanto mas cuanto que suelen reinar allí calmas prolongadas; no es raro ver viajeros que mueren sofocados.

Se deja el mar Rojo pasando el estrecho de Bab-el-Mandeb, regularmente al Este de la isla de Perim.

Perim es una isla bastante baja situada en medio del estrecho, que ofrece dos buenos fondeaderos contra los vientos del Sur, aunque desabrigados contra las brisas fuertes del Norte.

Los ingleses han construido allí un faro.

Esta isla, a pesar de sus fortificaciones, no parece muy temible, y su importancia verdadera estriba en que Aden es su complemento.

Perim se extiende del Norte al Sur; es un terreno pelado y árido como las montañas de la Arabia y de la Abisinia, que limitan sus horizontes.

Unas ocho horas despues de haber pasado Perim se está delante de Aden.

Aden es un vasto y hermoso fondeadero limitado al Este por altas montañas volcánicas que forman un crater, en cuyo centro está edificada la poblacion. Al noroeste hay tierras bajas habitadas por tribus nómades. Es un territorio árido por donde nadie que tenga apego a la vida debe aventurarse.

Además de las gigantescas obras de defensa que rodean a la poblacion, además de una estrecha garganta abierta en la roca, única entrada por la parte de la rada, el fondeadero está protegido por fuertes considerables.

Aden, junto con Perim, es la verdadera llave del mar Rojo.

Una línea de vapores va directamente de Aden a Bombay. En Bombay se encuentran astilleros de construccion para los buques de comercio y de guerra, así

como las mas vastas dársenas y los principales talleres de máquinas de la Compañía peninsular.

Otro servicio que parte de Aden, tarda diez ó once dias en atravesar el grande espacio de mar que separa a Aden de Punta de Gall (isla de Ceylan).

Los vapores, antes de hacer esta escala, pasan entre las islas Maldivas y Laquedivas, afamadas por sus tortugas y sus curiosas conchas, y por fin fondean en la rada poco abrigada de Punta de Gall.

Esta escala ofrece un bonito aspecto al viajero que ha visto las tristes montañas de Aden. La vegetacion no puede ser mas espléndida. En el fondo de la rada bosques de cocos, a la izquierda, al Norte, la poblacion, las antiguas murallas portuguesas coronadas de árboles gigantescos, murallas que llegan hasta la Punta donde se eleva el faro. Por el lado del Sur, un bello peñascó cubierto de palmeras de toda especie, batido por la mar a cada instante.

Punta de Gall se encuentra en la costa occidental de la isla de Ceylan, y no está abrigada contra los vientos del sudoeste, de modo que tiene una marejada casi continua.

Unas condiciones tan desfavorables hicieron que se fijase la atencion en Trinquealé, puerto muy cómodo situado mucho mas al Norte, en la parte oriental de la isla; pero los vapores tenían que separarse demasiado de su camino.

También se trató de construir un dique a la entrada de la rada; mas como el agua es muy profunda, habria costado mucho, y además no habiendo la certeza de que fuera inexpugnable, se renunció al proyecto.

En Punta de Gall acaba de obtener la compañía de las Mensagerías imperiales una concesion de terreno para un depósito de carbon. Este sitio es el punto de reunion de tres servicios de la Compañía peninsular: uno procedente de Bombay, otro de Calcuta y otro de Singapore.

El primero está combinado con el servicio directo que se hace entre Aden y Bombay.

El segundo, que es muy importante, sirve toda la parte oriental de la península india.

El tercero pasa, antes de llegar a Singapore, por la isla de Poulo Pinang, en el estrecho de Malaca.

Esta última isla es uno de los puntos mas agradables de la India; el estado sanitario es excelente; los jesuitas tienen allí un colegio. Los habitantes son de buen carácter, y hacen un gran comercio de aceite de coco.

El trayecto entre Punta de Gall y Singapore es de siete dias por término medio.

Singapore es una colonia muy nueva situada en la isla de este nombre: su rada es magnífica y está al abrigo de todos los vientos, gracias a las innumerables islas que tiene cerca. Al sudoeste de esta rada se hallan los establecimientos de la Compañía peninsular. En los parques de carbon hay millones de toneladas con calas, instaladas de modo que se pueden cargar a la vez todos los buques que se quiere, unas fijas y otras flotantes; además hay docks para la reparacion de los vapores, fraguas y talleres donde pululan los operarios de todas las naciones y de todos los colores, indios, chinos, malayos y mestizos de todo género.

(Se continuará.)

A. T.

### Los últimos cuentos de Edgardo Poe.

(Continuacion.)

La señora de Wyatt se mostró mucho mas amable, ó por lo menos dispuesta a hablar, cosa que en el mar no es pequeña recomendacion. No tardó en contraer intimidad con la mayor parte de las señoras de a bordo, y con gran admiracion mia observé que estaba siempre dispuesta a coquetear con los hombres. Nos entretenia mucho. Digo que nos entretenia, y no sé cómo explicarme; porque el hecho es que descubrí muy pronto que si hacia reír era casi siempre a su costa. Los hombres no hablaban nunca de ella; pero las mujeres no tardaron en declarar que era una buena mujer, nada bonita, sin educacion ninguna y sumamente vulgar. Me preguntaban cómo Wyatt habia podido dejarse coger hasta el punto de contraer semejante matrimonio, y se procuraba resolver la cuestion suponiéndola un gran dote. Pero yo sabia que esta solucion no era exacta, porque el pintor me habia asegurado que su mujer no le habia aportado un solo *dollard*, y era de presumir así.

— Me he casado con ella por amor, nada mas que por amor, me habia dicho, y ella es muy digna de la ternura que me inspira.

Confieso que las palabras de mi amigo me pusieron en grave cuidado. ¿Wyatt estaba a punto de perder la razon? Yo no pude nunca pensar otra cosa. ¡El tan delicado, tan espiritual, tan descontentadizo, dotado de un sentido tan fino cuando se trataba de descubrir un defecto; de un sentimiento tan exquisito de lo bello! Cierro que su esposa parecia protestarle vivo afecto, sobre todo, cuando no estaba presente, siendo hasta ridicula por las muchisimas veces que se ocupaba de lo que habia dicho y pensado « su querido esposo. » Tenia sin cesar esta palabra en la punta de la lengua, si he de usar una de las elegantes expresiones que proferia. En cuanto a Wyatt, toda la gente de a bordo pudo ver que huía de su mujer de la manera mas marcada, estando encerrado la mayor parte del tiempo en su habitacion,

y dejando a su mujer que se divirtiese como creyera oportuno.

Lo supuse despues de lo que veia y oia: que el artista, por un capricho inexplicable de la suerte, ó tal vez en un acceso de preocupacion, se habia unido a una persona inferior a él bajo todos conceptos, siendo la consecuencia de aquella union desgraciada un rápido y completo disgusto. Lo sentia en el fondo de mi corazon, pero esto no era una razon para perdonarle su falta de franqueza relativamente a la copia de la *Santa Cena*; y me proponia castigarle bien por su desconfianza.

Un dia que se paseaba por el puente, le cogí del brazo y me puse a hablar con él mientras andabamos. Su tristeza, que me parecia muy natural si pensaba en su situacion, estaba muy lejos de haberse disminuido. Habló poco, con tono apesadumbrado y como esforzandose. Yo procuraba distraerle con varias bromas; pero cuanto mas queria sonreír mas fatidica era su sonrisa. ¡Pobre jóven! Pensando en su mujer me admiraba de que aun pudiera fingir alegría.

Por fin me resolví a dar el gran golpe. Mi intencion era llegar por una serie de encubiertas insinuaciones a demostrarle que yo no era tan bobalicon que me prestase a ser victima de su inmotivada burla. Dijele alguna cosa a propósito de la extraña forma de *aquella caja*, y luego sonreí de una manera truhanesca guiñándole el ojo y tocándole suavemente el brazo.

La manera con que acogió mi inocente chanza me probó evidentemente que habia perdido la razon. Miróme al principio con ojos espantados y como procurando adivinar el chiste que encerraban mis palabras; y despues, cuando pareció comprender por fin mi idea, sus ojos parecieron querer salirse de las órbitas; púsose al pronto muy encendido su rostro, despues se cubrió de una palidez espantosa, y últimamente, como si mis indirectas alusiones le hubiesen disgustado en gran manera, abandonó repentinamente mi brazo y soltó una carejada, cuyo estruendo, con gran estupor mio, resonó con fuerza cada vez mas creciente, casi por espacio de diez minutos. Terminada la risa, el artista cayó a plomo en el puente, y cuando me incliné para levantarle parecia muerto.

Llamé para que acudieran a su socorro, y costó gran trabajo conseguir volviera en sí. Al abrir los ojos pronunció algunas palabras incoherentes. Se creyó deberle sangrar y se le metió en cama. Al otro dia su salud parecia completamente restablecida; pero entiéndase bien que no me refiero a su estado moral, sino a la salud de su cuerpo.

Durante el viaje procuré evitar su encuentro cuanto me fué posible, siguiendo los consejos del capitán, que parecia participar de mi opinion respecto a la locura de Wyatt, y que me rogó no dijese a nadie una palabra.

Muchas circunstancias que siguieron a aquel acceso contribuyeron a aumentar la curiosidad que ya experimentaba, debiendo citar esta entre otras. Estaba nervioso; me habia excedido en tomar té verde, y dormia mal; mejor dicho, pasé dos noches sin cerrar los ojos. Mi cámara daba como la de todos los viajeros solteros al salon de recibo, y los departamentos de Wyatt se hallaban en el otro extremo, separados del salon por una puerta corrediza que quedaba franca por la noche.

Soplaba viento fresco y estábamos constantemente sobre babor, sucediendo como es natural, que cuando el buque se inclinaba hacia aquel costado, el paño de la puerta se deslizaba por su ranura y esta quedaba abierta, no tomándose nadie la molestia de levantarse para cerrarla.

Yo mismo dejaba abierta mi puerta por el calor, y mi hamaca estaba colocada de tal modo, que me permitia ver lo que pasaba en el salon de atrás, y sobre todo en la parte en que se hallaban las tres cámaras ocupadas por el pintor.

Pues bien, durante las dos noches consecutivas de que acabo de hablar, vi a la señora de Wyatt salir del cuarto de su marido a eso de las once y entrar en el camarote que habia quedado vacío, permaneciendo en él hasta la venida del dia, hora en que el artista iba a llamarla y le hacia pasar a su departamento; aquella observacion me probó terminantemente que vivian separados. Indudablemente tenían cada uno su habitacion, mientras se declaraba un divorcio mas completo, explicándose así solamente el alquiler del tercer aposento.

Otro incidente vino a excitar de nuevo mi interés. Durante las dos noches pasadas en vela, oí un ruido sordo y singular en el cuarto del pintor así que salió la señora de Wyatt, y habiendo prestado atencion por espacio de cinco minutos, logré descubrir la causa que lo motivaba. Aquel ruido provenia de los esfuerzos que hacia Wyatt para abrir la caja oblonga con un mazo y un escoplo, que parecia estar cubierto de lana ó algodón para amortiguar el sonido, figurándoseme que quitaba la tapa y la colocaba en el catre inferior de su aposento; operacion que adiviné por el ligero ruido que hacia la tapa al pasar rozando las paredes del lecho en que Wyatt procuraba colocarla lo mas suavemente posible, no pudiendo hacerlo en el pavimento por no haber espacio suficiente.

En seguida se restableció el silencio y no volví a oír nada mas, a no ser una cosa parecida a sollozos ó suspiros contenidos, llegando a mí un murmullo tan sumamente vago que apenas se percibia; pudiendo muy bien ser que estos últimos no existieran mas que en mi imaginacion.

He dicho que lo que oia parecia asemejarse a sollozos ó suspiros; pero es claro que no podia ser ni lo uno ni lo otro; yo creo mas bien que mis oídos zumbaban. Wyatt daba sin duda alguna rienda suelta a su costum-

brado entusiasmo artístico, y había abierto la caja para recrearse en su tesoro.

Nada había seguramente que pudiera hacerle sollozar, y lo que á mi me había parecido tal, repito que debía ser una ilusión de mi imaginación, excitada por el té verde del buen capitán Hardy.

Sea lo que quiera, al venir el día oí distintamente á Wyatt volver á colocar la tapa en la caja y volver también á meter los clavos en sus agujeros con el mazo envuelto. Terminada esta operación, salió de su cuarto, completamente vestido, y fué á buscar á su esposa.

Siete días hacia que estábamos ya en el mar, y acabábamos de pasar el cabo Hatteras, cuando nos sobrevino un violento ventarrón de la parte sudeste, cosa que hasta cierto punto esperábamos, porque hacia muchos días que el tiempo estaba amenazador. Tomáronse todas las disposiciones necesarias, y como el viento continuase refrescando con violencia, nos pusimos en facha con la mesana y gavia pequeña, á las que pusimos dos rizos.

Orientados de esta manera, bogamos con bastante seguridad durante cuarenta y ocho horas, y como nuestro buque era muy veloz bajo todos conceptos, embarcamos poca agua. Pero pasado este tiempo, el ventarrón se trasformó en tempestad, y la mesana se hizo añicos, lo que nos puso á merced de la mar, recibiendo alternativamente el choque de enormes oleadas, que nos arrebataron tres hombres, los hornos y la mayor parte de los altos bordajes de babor.

Apenas nos apercibimos de que la gavia se había también hecho pedazos, cuando la sustituimos por una vela de esta, y que fué suficiente para que por una ó dos horas marchase el barco menos penosamente que antes.

La tempestad, sin embargo, arreciaba sin que pareciese deberse calmar tan pronto. Nuestros aparejos estaban mal ajustados y muy extendidos, y al tercer día de la borrasca, hacia las cinco de la tarde, se nos rompió el palo de mesana en una inclinación de rumbo, costándonos mas de una hora de esfuerzos para desembarazarnos de él á causa de los grandes balances de la embareación; pero antes de que hubiéramos podido lograrlo, el carpintero salió al puente y declaró que había cuatro pies de agua en la cisterna, y para colmo de desgracia las bombas estaban obstruidas y casi inútiles.

Entonces todo fué desorden y desesperación, y para aligerar el buque intentamos arrojar al mar todo cuanto pudiera disminuir la carga, cortando hasta los dos palos que quedaban en pié. Lográmoslo, pero las bombas se negaban á funcionar, y la línea de agua del navío iba creciendo con una rapidez espantosa.

El sol iba á ocultarse; aljó un poco el viento, el mar estaba ya menos agitado, y vimos la posibilidad de salvarnos en las canoas. Las nubes empezaron á disiparse hacia las ocho de la noche, y la magnífica claridad de la luna vino á favorecernos, contribuyendo mucho á reanimar nuestro valor.

Logramos por fin, despues de esfuerzos inauditos, poner á flote la chalupa sin que experimentara grande avería, y se trasladó á ella el equipaje con la mayor parte de los pasajeros, alejándose inmediatamente. Los que fueron en ella experimentaron crueles sufrimientos, pero por fin llegaron sanos y salvos á la bahía de Vera-coke, tres días despues del naufragio.

Catorce personas, incluso el capitán, quedaron en la nave, decididos á confiar su suerte á la pequeña canoa que iba amarrada en la popa. La bajamos sin la menor dificultad, pero fué un milagro no zozobrar en el momento que tocó al agua. Cuando empezamos á bogar íbamos en ella el capitán y su hijo, Wyatt y sus parientas, un oficial mejicano con su mujer y cuatro niños, yo y mi criado.

Naturalmente, en la canoa no había sitio mas que para los instrumentos mas indispensables, para algunas provisiones y para los efectos que llevábamos encima. Nadie había pensado en salvar otra cosa, y fácilmente podrá figurarse cualquiera cuál sería la admiración de todos al ver levantarse á Wyatt, pedir muy formalmente al capitán diese orden de retroceder, cuando estábamos ya á muchas brazas del buque, para recuperar su caja.

— ¡Sentaos! señor Wyatt, exclamó el comandante con voz irritada. Vais á hacer zozobrar la canoa, si no os estais quieto. Nuestro borde toca ya al agua.

— ¡Mi caja! gritaba Wyatt permaneciendo de pié. ¡Os digo que lo quiero! ¡Capitán, no podeis ni querreis rehúsarme!... No pesa nada, casi nada. ¡En nombre de la madre que os ha llevado en su seno, en nombre del cielo, por vuestra salvación, os intimo me dejéis tomar mi caja!

El tono suplicante de Wyatt pareció conmovier al capitán; pero aquella emoción duró poco, y le respondió:

— ¡Señor Wyatt, vos estais loco! No puedo acceder á lo que me pedís... ¡Sentaos al instante; os lo mando! ¡Detenedle! ¡Agarradle! Va á arrojarse al agua... ¡Héle aquí, estaba seguro de ello! ya está en el mar...

En efecto, mientras esto decía el capitán, Wyatt había tomado su determinación, y se había precipitado fuera de la canoa. Estábamos aun bajo la escota del navío, y el artista, haciendo un esfuerzo casi sobrehumano, logró agarrarse á la extremidad de un cable que pendía de las cadenas delanteras. Un instante despues estaba en el puente y se lanzaba hacia el aposento como un endemoniado.

Entre tanto nosotros habíamos sido arrastrados á pesar nuestro, y como no estábamos ya bajo el viento que impulsaba al buque, nos hallamos á merced de una mar todavía borrascosa. Hicimos, sin embargo, una tentativa desesperada para desandar el camino; pero nuestra pequeña canoa pesaba menos que una pluma para

el soplo de la tempestad, y reconocimos en seguida que no estaba en nuestra mano salvar al desgraciado artista.

Cuando nos alejábamos rápidamente del barco vimos al pobre loco (¿con qué otro nombre debo calificarle?) subir por la escotilla mayor con la caja oblonga, cuyo peso parecía exigir una fuerza colosal. Contemplábamole con sorpresa y compasión á la vez, y dando muchas vueltas á la caja con una cuerda de tres pulgadas, se la ató en seguida á la cintura, y un instante despues el artista y el bulto caian al mar, desapareciendo inmediatamente y para siempre. Detuvimos un instante los remos fijando los ojos en aquel sitio fatal, y despues nos pusimos á remar, pasando mas de una hora sin que nadie se atreviese á hablar una palabra. Yo fui el primero que me aventuré á hacer una observación.

— ¿Habeis visto, capitán, con qué rapidez ha desaparecido? ¿No os parece que ha sido muy extraño? Yo por mi os confieso que conservo todavía alguna esperanza de verle aparecer, recordando el cuidado con que se ató á la caja.

— ¡Pardiez! Se han hundido como una bala de cañón, y eso era muy natural, interrumpió el comandante. Pero luego subirán; solo que es preciso que *la sal tenga tiempo de disolverse*.

— ¡La sal! exclamé.

— ¡Chit! me dijo señalándome las hermanas de Wyatt, ya hallaremos ocasión mas oportuna para hablar de eso.

Tuvimos mucho que sufrir y vimos la muerte muy de cerca; pero la suerte nos favoreció tanto, que nuestros compañeros de infortunio de la chalupa y nosotros desembarcamos por fin mas muertos que vivos, despues de cuatro días de terrible angustia, á vista de la costa situada al frente de la isla de Roanoke, donde pasamos una semana sin hallar barco que nos trasportara á Nueva-York.

Cerca de un mes despues del naufragio de la *Independencia*, encontré al capitán Hardy en Broadway. Nuestra conversacion rodó naturalmente sobre el naufragio, y particularmente sobre el fin trágico del pobre Wyatt.

El artista había pedido habitación en el buque para dos hermanas, su mujer y una criada.

La señora de Wyatt, segun me la habían representado, era una persona encantadora y finisima. En la mañana del 14 de junio (día en que visité el buque) cayó mala repentinamente, y tan mala, que la tarde de aquel mismo día había dejado de existir. El joven viudo se volvió medio loco de dolor; pero no permitiéndole las circunstancias retardar demasiado su viaje, quiso llevar á su suegra los restos mortales de la que tanto había amado. Conocía demasiado la general preocupación que se oponía á ejecutar aquel piadoso deber, para pensar arrostrarla abiertamente, y de seguro las nueve décimas partes de los pasajeros hubieran abandonado el navío antes que consentir viajar con un cadáver.

Para resolver aquel dilema, el capitán decidió que el cuerpo fuese embalsamado y rodeado de sal, metido en una caja de dimension conveniente. Nada absolutamente debía decirse de la muerte de la señora de Wyatt; pero como se sabía haberse reservado un sitio para ella, fué indispensable que alguna hiciese aquel papel durante la travesía.

Trabajo costó decidir á la doncella de la difunta á aceptar aquella representación; pero se decidió reservar el aposento que se había destinado para aquella joven en vida de su señora, y la supuesta esposa se retiraba á él todas las noches. De día llenaba como mejor podía el papel de señora de Wyatt, cuya personalidad verdadera se había tenido buen cuidado no fuese conocida de ninguno de los pasajeros.

Los errores que yo había cometido eran consecuencia natural de mi temperamento demasiado indolente y curioso á la vez. Pero hasta que pasó algun tiempo no pude dormir tranquilamente, y por mas que daba vueltas siempre veía el mismo rostro, resonando sin cesar en mi oído una risa histérica que me aterraba.

## IV.

## EL CADAVER ACUSADOR.

Voy á fijarme en Edipo, en el enigma de Rattlebourg, y á explicar, como yo únicamente puedo hacerlo, la misteriosa serie de hechos preparatorios del milagro que continúa siendo aun una maravilla, milagro justificado, probado y averiguado, que pone término á la infidelidad rattlebourgesa, y atrae á la fe á muchos escépticos pertinaces.

Este acontecimiento, del que seré el último que se atreva á hablar con una ligereza inconveniente, acaeció hácia el fin del estío de 18...

M. Bernabé Shuttleworthy, uno de los vecinos mas respetables de la ciudad, desapareció en circunstancias que hicieron sospechar un asesinato. Un sábado por la mañana muy temprano, atravesó á caballo la calle mayor de Rattlebourg. Sabiase que su intención era trasladarse á la ciudad de X..., situada á una distancia de cerca de quince millas, debiendo volver aquella misma tarde; pero hacia apenas dos horas que se había puesto en camino, cuando se vió volver á su caballo, sin el jinete y sin la maleta que llevaba sujeta á la silla, estando herida además la pobre bestia y cubierta de lodo. Estas circunstancias excitaron naturalmente una viva inquietud en los amigos de la persona desaparecida; y cuando vieron que pasaba la mañana del domingo sin

que volviese, los habitantes del pueblo se levantaron en masa para ir en busca del cadáver.

Nadie manifestó mas empeño ni ardor en aquella ocasión que M. Carlos Bonenfant, ó *el querido viejo Charly*, como se le llamaba comunmente, intimo amigo de M. Shuttleworthy; no sé á qué atribuirlo; ignoro la misteriosa influencia que este nombre puede ejercer en los que le llevan; pero lo cierto es que los Carlos son francos, valerosos, honrados, benévolos, enérgicos, dotados de una voz clara y simpática que agrada á los que la oyen, y de una mirada serena y nunca aviesa que parece decir: «Tengo la conciencia tranquila, no tengo miedo á nadie, y soy incapaz de cometer una bajeza.» Por eso se da en el teatro el nombre de Carlos á todos los tíos americanos y á los hombres de gran cachaza.

Por eso nuestro viejo Charly, aun cuando hiciese ya mas de seis meses que no viviese en Rattlebourg, y nadie conociese sus antecedentes, no tuvo reparo en unirse á las gentes mas respetables de la ciudad para el caso de que se trataba. No había un solo rattlebourgués que no le hubiese prestado un billete de quinientos francos sin mas garantía que su promesa verbal de reembolso, y en cuanto á las mujeres, no sé lo que hubieran hecho por agradecerle. Y todo porque su padrino había tenido la buena idea de ponerle el nombre de Carlos, y porque poseía en su consecuencia uno de esos rostros ingenuos que lord Chesterfield dice son la mejor carta de recomendación.

He dicho que el respetable M. Shuttleworthy era el mas rico de los rattlebourgeses, y que vivía con Charly Bonenfant en íntima fraternidad. Las moradas de los dos ancianos estaban contiguas, y aun cuando M. Shuttleworthy visitase rara vez á su vecino, y no hubiese comido con él un solo bocado, este iba dos ó tres veces al día á informarse de la salud de su amigo, y se quedaba muchas veces á almorzar ó merendar, y casi siempre á comer, siendo difícil apreciar la cantidad de vino que los dos convidados tragaban en una sola sesión. El viejo Charly era apasionado por cierto vino que tenía su huésped, cuyo corazón se regocijaba al ver la manera con que su convidado absorbía aquella excelente bebida. Así fué que cierta tarde, cuando hubieron despatchado entre los dos algunas botellas, Shuttleworthy exclamó, pegando en el hombro familiarmente á su camarada:

— ¿Sabes, mi buen Charly, que eres sin duda alguna el compañero mas amable que he hallado en mi vida? Oye, puesto que empinas tan bien el codo, quiero hacerte la fineza de un tonel de este vino. Voy á escribir esta tarde misma á uno de mis proveedores, y á darle orden para que me mande uno de gran tamaño lleno del mejor vino que encuentre, y te le daré. ¡Ni una palabra mas! Estoy decidido á ello, y debes tener entendido que recibirás mi regalo uno de estos días, en el momento en que menos lo esperes.

Cito este rasgo de generosidad para demostrar simplemente la gran intimidad que existía entre los dos amigos.

Ahora bien, cuando el domingo en cuestión se difundió la noticia de que se temía que M. Shuttleworthy hubiese sido víctima de una mala pasada, Charly manifestó una emoción de que no se le hubiera creído capaz. Al saber que el caballo de su amigo había vuelto solo, sin la maleta, cubierto de sangre y herido de un balazo en el pecho, al saber esto, se puso tan pálido como si el dueño del pobre animal hubiera sido su hermano ó padre, y empezó á temblar como la hoja en el árbol.

En el primer momento pareció demasiado anonadado por el dolor para obrar y pensar lo que mejor conviniera; de suerte que aconsejó á los amigos de M. Shuttleworthy se estuvieran quietos, diciendo que valía mas esperar una semana ó dos y aun uno ó dos meses, á ver si se recibían noticias de él, ó venía él mismo á explicar porqué había enviado su caballo por delante. El lector observará sin duda que es bastante general esta tendencia á la inacción en las gentes que se hallan poseídas de un violento dolor. Una especie de torpeza parece apoderarse de su espíritu é inspirarles horror al movimiento; se complacen en permanecer en la cama para *acariciar su pena*, como dicen las viejas, es decir, para rumiar su dolor.

(Se continuará.)

## Exposicion de bellas artes en 1863.

CUADROS REPRODUCIDOS EN ESTE NUMERO.

HEBERT: *La Joven en el pozo*. — M. Hebert continúa variando el tema de las jóvenes italianas al márgen de la fuente, dotándolas de una melancolía enfermiza que establece una especie de parentesco entre su pintura y la música de Chopin. Este año ha pintado una hermosa joven en pié al lado de un pozo con las manos puestas en un cubo. Su eabeza ligeramente velada por una sombra trasparente, ostenta esa belleza plácida y esa encarnación ardiente y pálida á la vez que caracterizan á las italianas. Enfrente de ella una tenebrosa figura de joven de lánguida expresión, la contempla de un modo melancólico. La joven parece extrañar esa aparición misteriosa, y el espectador por su parte busca también la solución del enigma. Un estudiante alemán me ha preguntado si no había allí un singular disfraz de un asunto antiguo, y si esas dos figuras no querían ser Jesús y la Samaritana. La cabeza del joven da mas bien la idea

de Fausto ó de Manfredo. En la reunion de esos dos semblantes, el uno italiano y que respira la vida y el sol, el otro enervado y que refleja las nebulosas tristezas del Norte, hay una oposicion, un contraste chocante que neutraliza hasta cierto punto las cualidades pintorescas de esa obra notable por mas de un concepto.

SWERTCHKOW: *El regreso de la caza del oso*. — M. Swertchkow, nacido en San Petersburgo, ha pintado con mucha naturalidad y con un sentimiento original y verdadero los siguientes cuadros: una *Feria de caballos*, una *Casa de postas*, y el *Regreso de la caza del oso*, que aqui reproducimos. En esta última pintura se ve á los cazadores á la salida de un bosque de abetos que atraviesan un llano cubierto de nieve que los resplandores del sol en el ocaso baña de matices purpurinos. Es una composicion de gran efecto.

J. NOEL: *Puesto de pescadores; recuerdo de Bretaña*. — Este cuadro, asi como el que representa el *Mercado de Hennebon (Morbihan)*, son de una ejecucion facil, de un tono claro y alegre, y están llenos de una multitud de figuras muy bien presentadas y pintadas de una manera que recuerda el estilo de M. Isabey.

ZAMACOIS: *Enganche de Cervantes en el ejército*. — El señor Zamacois, nacido en España y discípulo de M. Meissonier, ha expuesto este año en Paris por primera vez. Además de la composicion precedente, el cuadro en donde ha puesto en escena á Diderot y á Dalember, le coloca entre los pintores que se consagran, siguiendo las huellas de M. Meissonier, á la ilustracion de los trajes del siglo XVIII. A. J. D.

### María.

(Continuacion.)

— Es imposible esa cita, Jorge, disimulad: en presencia de mi tia os recibiré siempre; pero una conversacion reservada no puedo concedérsela.

En esto anunció un criado que el carruaje de la señora marquesa estaba en la puerta, y Luisa se retiró sin dar oidos á las súplicas del apasionado joven.

Jorge se lanzó fuera de la sala, pero al bajar el primer escalon, oyó el chasquido del látigo y el ruido de un carruaje que se alejaba: permaneció inmóvil algunos momentos: entró otra vez en el salon, y despidiéndose de la concurrencia, se retiró á su casa triste y pensativo.

— ¿Qué tiene usted, señorito? le decía su criado; ¿está usted malo?

— No, Juan, no tengo nada; vete á dormir, que deseo estar solo.

— ¿No cena usted esta noche?

— No.

— Bien digo yo, que hasta que volvamos al pueblo y vea Vd. á su María, nada de este mundo le pone á Vd. de buen humor.

— María, María... exclamó Jorge, no; yo no debo ponerme en su presencia jamás.



EXPOSICION DE 1863. — *La Joven en el pozo*, cuadro de M. E. Hebert.



*El regreso de la caza del oso*, cuadro por M. Swertchkow.

— ¿Y porqué, señorito? tenga usted paciencia; con el tiempo todo se consigue, y su padre de usted tarde ó temprano cederá: ya os permite volver á su lado, despues de mas de dos años de caminatas: con que ánimo, y no hay que acobardarse.

— Juan, yo no puedo salir de Granada.

— ¿Quién se lo impide á usted?

— Yo mismo.

— Vamos, no hay que ser celoso; ella ama á Vd. como Vd. á ella, y puedo probarlo al instante: alégrese usted y levante esa cabeza: ¿ve Vd. esta carta?

— Sí.

— Pues es de un amigo.

— Y bien.

— Lea Vd., lea Vd.

Jorge tomó la carta temblando, y á la luz de una bugia leyó lo siguiente:

« Juan, me dirás cómo está el señorito, porque la pobre María siempre está muy triste, amando cada dia mas á don Jorge. »

No pudo leer mas; las lágrimas empañaron su vista.

— Señor, ¿qué es eso? ¡qué inmutado se ha puesto Vd.! Vamos, sí, tengo desgracia: cuantos medios pongo en práctica para consolar á Vd., otros tantos yerros cometo.

— No, Juan, no; tú eres bueno y cariñoso con tu desgraciado amo; la culpa es mia, solamente mia.

— Desgraciado, desgraciado, murmuró el criado; si yo supiera la causa...

— ¿Quieres saberla?

— Sí, señor; pero... tranquilícese usted.

— Juan, yo amo.

— Eso ya lo sé.

— Pero ignoras á quién.

— A María.

— No: respondió el joven con voz atronadora. Amo á Luisa de B..., la amo como nunca he amado. Sin querer, involuntariamente, me ha fascinado su mirar, su talento, su gracia.

— Luego ¿habeis olvidado á María?

— Calla, no repitas ese nombre que me aterra y que hiela toda mi sangre.

— En el curso de nuestro viaje, vos siempre me hablábais de ella.

— Sí, Juan, deseaba volver á verla, renovarle mis juramentos, mis promesas. Pero una fatalidad me condujo á Granada; vi á mi prima, no como en otro tiempo insípida é ignorante, la vi con el atractivo del talento, la vi amable, hermosa... y mi corazón deseó poseer aquel tesoro. Luisa me ha hecho olvidar á la joven labradora. Luisa me hará aparecer á los ojos de María como un falso, como un mal caballero; Luisa en fin, es arbitra de mi voluntad, de mi existencia, de mi mismo honor.

— ¿Con que la amais tanto? contestó con amargura el leal criado.

— ¡Que si la amo! Mira, Juan, menos ardientes son los rayos del sol en una siesta del abrasado julio, que la pasión que me devora: es tan pura como el objeto que me la inspira, mas inocente que la sonrisa de la infancia.

— Señor, ¿porqué hemos venido á Granada?

— Es verdad, si jamás hubiera pisado su hermoso suelo, no sería un mal caballero, infiel á mi palabra; no sufriria este martirio insoportable, este continuo padecer: ¿lo crearás? Me desprecia, desprecia mi amor, ¡ingrata!...

— Entonces debeis olvidarla, otros amores...

— Nunca. ¿Te parece que habré luchado poco entre el amor de Maria y mi frenética pasion por Luisa? ¿Crees tú que se puede olvidar facilmente sin destrozarnos nuestro corazon? ¡Qué feliz eres!

— Señorito, por Dios, sosiéguese Vd. un poco. Está usted tan alterado, que quisiera llamar al médico.

— No es necesario: mis sufrimientos no los comprende nadie sino yo. Retirate a descansar, es tarde.

— ¿Y usted?

— Voy á leer, no tengo sueño.

— Es que yo tampoco tengo.

— Pues bien, quédate conmigo, me harás compañía.

Jorge apoyó el brazo en una mesa, y al reflejo de una vela casi extinguida, principió á leer en silencio. Juan recostado en una silla permaneció largo rato, hasta que lo avanzado de la noche lo rindió al sueño.

— Pobre Juan, dormido, y yo desvelado, sin sosiego. ¡Oh, con cuánta alegría trocaria mi existencia llena de oropes, por la suya oscura é ignorada! ¡Qué poco conocen el corazon humano los que nos creen dichosos porque tenemos un poco de oro mas que ellos, ó porque doramos nuestra vida con ilusorios placeres! Si pusieran la mano en nuestro pecho, le encontrarían siempre agitado, unas veces por el amor, otras por la ambicion, y las mas por el orgullo: si, por el orgullo: esta pasion que debia ser el gérmen de todas las acciones sublimes, es por el contrario un caos de errores y de maldad. ¡Misero de mí! débil siempre, sucumbo ante esa mujer que me desprecia, que acaso me aborrece, y entre tanto Maria, la virtuosa Maria ansiará mi regreso, llena de amor, haciendo alarde de su constancia, mientras que falso, perjuro y mal caballero, olvido mis mas sagradas promesas. Pero ¿podia unirme á ella? ¡Yo, el heredero de un apellido ilustre, que tengo que conservar puro y transmitirlo á mis descendientes como me lo legaron mis antepasados! No, este enlace era imposible. Maria, la hija del labriego no podia ser mi esposa... ¿Y porqué? ¿No me dice el corazon que es digna de elevarse á la mas alta clase por su bondad, por su amor? ¡Orgullo y preocupacion! Hé aqui lo que nos domina, lo que nos encadena y nos fuerza á contrariar nuestros verdaderos sentimientos. Pero ¿á qué buscar vanos pretextos que me disculpen a sus ojos?... ¿dejaré por eso de haber olvidado su amor, de haber mentido como un villano? Luisa, tú



Puesto de pescadores, recuerdo de Bretaña, cuadro por M. J. Noel.



Cervantes firmando su enganche en el ejército, cuadro por el señor Zamacois.

sola eres la causa: si no te hubiera vuelto á ver, las preocupaciones no hubieran entrado en mi corazon. No, lo juro: Maria sería mi esposa, y lejos de toda ambicion, seriamos felices. Pero tú con ese mirar mágico has triunfado, te has hecho dueña de mis menores acciones, todo te lo he sacrificado, honor, cariño, todo.... ¿Y qué he recogido en cambio? Lágrimas, tormentos, desesperacion...

Jorge dejó caer la cabeza sobre el pecho con el mayor abatimiento. Entre tanto el buen criado iba despertando poco á poco, y dudó si estaba todavia durmiendo al encontrarse en la habitacion de su amo; pero luego que coordinó sus ideas recordó los sucesos de la noche anterior y el porqué se hallaba allí.

— Vamos, ya es hora de levantarse, decia Juan incorporándose un poco, aun cuando la cama no ha sido de lo mejor; ya se ve, me quedé para hacer compañía y me duermo en una silla; pues no hay miedo que el señorito se haya fastidiado con mi conversacion. Don Jorge, ¿necesita usted algo? Señorito... pero ¡qué veo! si parece un difunto: voy al instante á buscar el frasquito de los espíritus; en esta alacena debe estar. Sí, gracias á Dios que di con él.

Y aplicándolo á la nariz de su amo, este se fué recobrando poco á poco.

— Vamos, ya ha vuelto en sí: ahora voy por el médico, que no está en el orden descuide Vd. su salud en estos términos.

— Juan, no te incomodes, tengo que salir.

— Pero don Jorge, Vd. está empeñado en ponerse peor, y yo me aflijo de ver lo poco que quiere Vd. cuidarse.

— No seas niño, yo estoy bueno.

— ¡Ojalá! dijo para sí Juan mirando el pálido rostro de su amo.

— ¿Qué hora es?

— Aun no han dado las diez.

— Bien, vete á desayunar.

— ¿Y usted?

— Mas tarde.

El criado obedeció las órdenes de su señor, y Jorge compuso un poco su cabello y sus vestidos.

— Iré á verla, decia nuestro jóven con el mayor entusiasmo; a pesar de sus desdenes la amo tanto... En fin, es preciso que ella decida de mi suerte, no mas duda, no mas incertidumbre.

Tocó la campanilla y Juan se presentó al momento.

— ¿Va usted á desayunarse?

— No: voy á salir, dame el sombrero.

— Pero, señor. — ¿No lo has oido? el sombrero.

A esta voz impetuosa obedeció el fiel criado, y una lagrima humedeció sus megillas.

— Juan, perdona mi arrebató, le dijo con cariño Jorge.

— Señor, es la primera vez que os habeis incomodado conmigo, pero yo he tenido la culpa, porque soy un imbécil.

— No; tú eres

mi amigo, el que siempre se halla á mi lado para consolarme, perdóname.

— ¿De qué, señorito, de darme todos los días pruebas de vuestro cariño? Ya esto no merece la pena: vos os habeis incomodado en un momento de arrebató, y yo lo olvidó todo: ¿quereis que os acompañe?

— Volveré pronto; quedate arreglando mis papeles. Adios.

— ¡Pobre señorito, qué desgraciado es! decía Juan asomado á una ventana viéndolo alejarse apresuradamente.

Luisa de B... se hallaba sentada frente de un cuadro que estaba pintando: era este un paisaje de la Alhambra, que queria concluir en aquella semana.

— ¿Qué tal se va de trabajo, señorita? decía doña Beatriz examinando el lienzo detenidamente. Yo no lo entiendo, pero me gusta, y estoy segura que todos pensarán como yo.

— No, tía mia, su bondad de usted...

— Te deajo solita, que no quiero interrumpirte.

— Pero tía.

— No, no: si estoy aquí no vas á hacer nada.

Y sin esperar la contestacion de Luisa se marchó á otra habitacion.

— ¡Qué amable es doña Beatriz! decía interiormente la señorita de B...

Y cogió de nuevo el pincel para continuar su obra.

— Don Jorge de B... pide permiso para pasar adelante, dijo un criado de la casa.

— Jorge, exclama Luisa, decidle que no se detenga.

— Señora.

— Tome Vd. asiento, contestó Luisa con frialdad.

— ¿Tan de mañana trabajando?

— Es preciso: tengo empeño en concluir este cuadro para la semana próxima.

— Sin duda será algun regalo.

— No; pero pienso dedicarlo.

— ¿A quién? interrumpió Jorge con expresion de disgusto.

— ¿A quién? No lo sé todavía.

— ¿No lo sabeis y sin embargo pensabais dedicarlo? Acaso no será digno de saber quién es el dichoso mortal que merece tanto honor, que ocupa tal vez vuestro pensamiento... Hacedis bien, señora, porque moriria de dolor.

— ¿Y quién os ha dicho que no pueda ser dedicado á un objeto que merezca esta deferencia?

— Pues entonces ¿á quién lo dedicais? replicó Jorge con timidez.

La señorita de B..., despues de una breve pausa, le contestó cariñosamente:

— A mi esposo.

La sorpresa estaba pintada en el semblante de Jorge. — ¿Luego os casais? ¡maldicion! ¿Sabeis lo que acabais de hacer? ¿lo sabeis? asesinar. Vos lo habeis querido; ¿no conoceis que os amo frenéticamente y que soy capaz de todo? Luisa, por piedad, compadecedme: no desecheis la oferta de un corazon que no latirá jamás sino por vos. Renunciad á ese enlace, os lo pido de rodillas. ¿Qué mas quereis?

Jorge cayó á los piés de Luisa trémulo y delirante.

— Sosegaos por Dios. Si mi tía os oyese...

— Vuestra tía no puede oirme, porque no se halla en casa.

— Eso es imposible; doña Beatriz no acostumbra á salir sin decírmelo.

— Perdonad, Luisa; pero yo he buscado un pretexto para alejarla de aquí.

— Caballero.

— Despreciadme, haced de mí cuanto querais; pero tendreis que oirme. Desesperado, fuera de mí, resolví veros; pero veros á solas, para que oyérais de mis labios por última vez, que esta pasión que me domina no reconoce ya ningun freno. Que una sola palabra vuestra puede volverme la tranquilidad que he perdido para siempre. En fin, que decidais entre mi vida ó mi muerte.

— Pero, Jorge, ¿dónde está mi tía?

— La he mandado á decir que estaba espirando una de sus mas íntimas amigas, y que deseaba comunicarle cosas muy interesantes relativas á vuestra familia. Un criado mio le entregó el billete fingido, y los de vuestra casa los tenia ganados á fuerza de oro. En esto, aparente que venia á visitarla por casualidad, y la aconsejé que debia volar al instante al lado de la supuesta moribunda. Vuestra tía me creyó de buena fe, yo mismo hice enganchar el carruaje que debia conducirla. Dió la órden á una de sus criadas para que os lo comunicara; pero yo las tenia de antemano ganadas, y... ya lo veis: estabais ignorante de todo.

— Pero ¿á dónde la habeis llevado? preguntó Luisa bastante conmovida.

— La órden que di al cochero fué de extraviarse por las calles mas lejanas de la poblacion, hasta que pasasen unas dos horas, despues de las cuales podia volver á vuestra casa.

— Jorge, sois un imprudente, y no os perdonaré jamás una accion en que os habeis burlado de la confianza de doña Beatriz.

— Soy un imprudente, decís bien, contestó Jorge con maliciosa sonrisa. ¡Que no me perdonareis jamás! Bien, señora, bien. Me habia engañado cuando creia que abrigabais un corazon sensible, compasivo, que llegaria un dia en que á vista de tantos sacrificios, de tanto amor, os doleriais de mi desgracia. Me equivoqué. Sois como la mayor parte de las mujeres, que gozan cuando los demás padecen, y es para ellas un triunfo hacer víctima

de su coquetería al imprudente jóven que se entrega insensatamente á una pasión.

— Ignoro quién os ha dado derecho para reconvenirme y ultrajarme, replicó Luisa con dignidad, y extraño mucho que un caballero como vos, haya olvidado el respeto que se debe á una señora, poniéndola en el compromiso de recordarle que la marquesa de... no acostumbra recibir insultos de nadie, y que le causa grande admiracion el oírlos en boca de ciertas personas que debian tener presente que la señorita de B... no las ha ofendido jamás.

Luisa le dirigió una mirada imperiosa, pero llena de majestad. Iba á retirarse; pero el apasionado Jorge la asió de las manos exclamando:

— No sé lo que me he dicho; yo os adoro y estoy ciego, desesperado: pedidme un sacrificio grande, inmenso... Cuanto querais: poned precio á vuestro perdón, á vuestro amor, y aun cuando haya de cometer un crimen, Luisa, seré criminal. ¿Dudais aun? pues bien: yo os daré un juramento escrito con la sangre de mis venas.

— No, interrumpió Luisa á tiempo que este iba á herirse. Solo exijo de vos que guardéis silencio acerca de lo sucedido; y la persona á quien dedique ese cuadro será mi esposo.

— ¿Y no me concedéis ni una palabra de consuelo? — Jorge, tengo que pedir un sacrificio; ¿os someteréis á él?

— Disponed de mi vida, señora.

— En ocho dias teneis que renunciar á verme: yo procuraré calmar á mi tía, y acaso consiga que os perdone: no olvidéis que voy á fijar mi suerte. ¿Acedéis, ó no?

— Luisa, no veros... otro vuestro esposo...

— ¿Qué resolveis? preguntó la marquesa con impaciencia.

— Que os obedezco ciegamente, y que en ocho dias, que son para mí ocho siglos, no me presentaré delante de vos.

— Partid ahora.

— ¡Luisa!

— Partid, y hasta dentro de ocho dias.

Y diciendo esto salió precipitadamente la señorita de B..., internándose por los diferentes y extensos salones de su casa.

#### IV.

— ¡Ocho dias encerrado! ¡qué sacrificio, Dios mio! Y no verla... ¡ah! no verla... Hoy es el último. ¿Se habrá casado? No, Luisa ha nacido para mi felicidad. Luisa agradecerá tanto amor. Y sin embargo, no sé de ella: todo es triste á mi alrededor. ¡Ah! nunca me han parecido tan largas las horas.

Jorge con pasos desmesurados recorria la habitacion de uno al otro lado, y la impaciencia estaba pintada en sus menores acciones.

— Juan, Juan.

— Señor.

— ¿Qué hora es?

— Las doce menos cuarto.

— ¿Y no ha venido nadie?

— Nadie.

— ¿No han traído ningun recado para mí?

— No, señor.

— Si eligiese á otro... entonces, la muerte. ¡Pobre corazon! dentro de un cuarto de hora, ó latirás de alegría, ó no volverás á palpar jamás. Mira, Juan, ten cuidado si traen alguna carta para mí, y tráemela al momento.

— Está bien, señorito.

Sucediose un corto intervalo de silencio, el que fué interrumpido por un fuerte campanillazo.

— Juan, mi querido Juan, abre pronto. ¿Es el cuadro? Este subió inmediatamente á la habitacion de Jorge.

— Señor.

— ¿Dónde está el cuadro?

— ¿El cuadro?

— Sí, el cuadro ó el billete.

— ¿El billete? no me han dado ninguno: es don Julian de Rivera que pide permiso para veros.

— Dile que no se detenga. ¡Otra esperanza frustrada! Sufre, corazon mio, yo no he nacido sino para padecer y callar.

— ¡Qué pálido está Vd., don Jorge! ¿Se siente usted malo?

— No, señor.

— Yo creia encontrarle á Vd. en otro estado, como primo de la novia.

— ¿Quién se casa? preguntó bastante agitado nuestro jóven.

— Ba, ba, pues si toda Granada lo sabe: Luisa de B...

— Mentís, caballero, mentís; contestó Jorge coléricamente.

Parecia que todas las furias del Averno se habian apoderado de él. Su semblante encendido de un color rojizo y sus ojos desencajados querian salirse de sus órbitas.

— Me conoceis demasiado para tenerme por un cobarde, replicó don Julian, y á otro que no fuera vos, le hubiera hecho derramar hasta la última gota de su sangre para que sirviera de escarmiento á los que insultan indebidamente sin saber á quién.

— ¡Rivera!

— Tranquilizaos; y para que veais que no miento, os diré quién es el elegido.

— Miserable... hablad pronto, pronto. Su nombre, decidme su nombre.

— Rodrigo de Ariza.

— Rodrigo, Rodrigo... tu muerte ó la mia. Juan, dame mi espada.

— Señorito, acordaos de vuestra madre, de vuestro padre; no vayais á ese desafío, ellos moririan de dolor. Don Jorge, deteneos, no corrais á vuestra pérdida.

El leal criado asia las rodillas de su amo anegado en copiosas lágrimas.

— Amigo, deciale Rivera, cálmese Vd. y reflexione despacio lo que piensa hacer. El objeto de mi visita era otro enteramente; pero ya se ve, yo ignoraba que amase Vd. á su prima, y he cometido una imprudencia que no me perdonaré nunca.

— ¿Pero sabeis de positivo que Luisa ha elegido á Rodrigo?

— Lo que puedo asegurar es que él mismo me lo ha dicho, y á otra porcion de amigos que estábamos reunidos.

— Es indudable; sea ella feliz. Yo... moriré.

— Amo mio, tomad mi consejo: abandonemos esta Granada que tan fatal nos ha sido, marchemos hoy mismo.

— Mi compañero, mi buen amigo, mañana, ó seguiré tu consejo ó habré dejado de existir.

Rivera se retiró, y Juan permaneció inmóvil junto á su bienhechor.

— Voy á dormir, necesito un poco de reposo: dentro de un rato te llamaré.

El vigilante sirviente no se retiró mucho del cuarto, para impedir, si necesario fuere, una catástrofe.

— Ya estoy solo, decía Jorge registrando la habitacion, nadie podrá impedir mi designio.

En esto se dirigió á un escaparate, del que sacó una caja de ébano.

— Aquí se encierra mi único consuelo. Madre mia, no maldigas á tu hijo cuando sepas que ha puesto término á una vida que le era odiosa. Estas pistolas son muy seguras: no hay que dudar... valor... Luisa, Luisa, ¿porqué no te has apiadado de mí? mi mano tiembla, un sudor frio hiela mi sangre... ¿Será de cobardía? Morir á los veinte y tres años, morir en la edad de las ilusiones, de los placeres... ¡Ah! esto es horroroso. ¿Y porqué? Porque una mujer me desprecia, prefiere á otro... ¡Y dudaba! No. La vida es una carga insostenible cuando se han destruido los encantos que la embellecian, cuando no tenemos á nuestro derredor las personas que pueden endulzarla. Luisa, yo no puedo ver á otro feliz, otro halagado por tus blandas caricias, otro llamándote suya... No: esto sería para mí el infierno, la desesperacion de los condenados. La muerte, sí, la muerte es mi único, mi solo recurso.

Monta la pistola con la mayor prontitud; pero Juan que no habia perdido ni una sola sílaba, se arroja con la velocidad del águila sobre su amo, y sujetándole las manos le grita con voz imperiosa:

— ¿Qué vais á hacer?

Jorge forcejea por desprenderse, pero su criado le sujeta con todas sus fuerzas. En medio de esta lucha llaman á la puerta, y Jorge desalentado cae al suelo. Juan sale precipitadamente á pedir socorro, y ¡oh alegría! un criado de la marquesa se presenta con el cuadro cubierto con un velo.

— Señor, señor, el cuadro...

El pobre Juan se arroja sobre una silla rendido de cansancio; y Jorge, con los vestidos desgarrados, el cabello descompuesto, se abalanza á la escalera. Efectivamente, el cuadro es dedicado á él, y la tarjeta dice:

« A mi esposo. »

El caballero de B... acumula preguntas sobre preguntas al conductor del cuadro: nada le responde...

— Juan, Juan, por tí soy el mortal mas venturoso: tú has prolongado por algunos momentos una vida que me era odiosa: tú eres mi amigo, mi hermano. Desde hoy te contarás en el número de las personas que mas aprecio, y dejarás para siempre de ser criado de nadie. Yo me encargo de tu fortuna. Dame un abrazo.

Los dos se estrecharon mutuamente con la mayor ternura.

— Ahora voy á dar las gracias á la señora de mis pensamientos.

— ¿Quereis la ropa?

— ¿No te he dicho ya que no eres mi criado?

— Don Jorge, tanta bondad...

— Baste ya, no he hecho sino cumplir con mi deber.

— Sois muy bueno para vuestro Juan, y yo no permitiré que nadie os sirva sino yo: aquí teneis la ropa.

— Bien, sea lo que tú quieras, pero te repito que siempre serás mi amigo y no mi criado. Adios.

Jorge dirigió sus pasos hácia la casa de Luisa. ¡Qué ufano y engreído atravesaba las calles de la poblacion! Bella era entonces Granada para él: su cielo alegre, azulado, estaba en armonía con el contento que reinaba en su corazon. Luisa elegantemente vestida esperaba á su futuro: su tía recostada á un lado del sofá, la decía con cariño:

— Pues la calaverada no estuvo mala; ¡burlarse de una señora de mi edad y de mi respeto!

— Vamos, tía, si me ha concedido Vd. su perdón, ¿á qué recordar lo pasado?

— Dices bien: ya va á ser tu esposo, y este título le reconcilia conmigo.

En esto se abrió una puerta de cristales, y se presentó nuestro jóven embriagado de placer y de agradecimiento.

— Luisa, ángel de mis sueños, yo soy tu esclavo, nadie te amará como yo.

— Sí, necesito creeros para ser feliz.

— Vuestra tía, dijo con timidez reparando en esta.

— Sí, señor: su tia, á quien hicisteis dar un paseo sin gana, contestó esta maliciosamente.

— Pero que os ha perdonado y ya no os conserva ningun rencor, interrumpió Luisa.

Jorge con la expresion mas afectuosa trató de reparar su falta, pintando con los mas vivos colores el frenesí de que se hallaba acometido, su delirante pasion, su amor á la marquesa.

— Mañana es el dia de vuestras bodas, todo está dispuesto de antemano.

Doña Beatriz decia esto con cierto aire de satisfacion mirando de hito en hito á los dos primos.

— Linda pareja, Dios quiera que seais dichosos.

— ¿Y lo duda usted?

— No, sobrinito mio. Esta noche tenemos baile, y desde luego cuento contigo.

— No faltará, señora.

La conversacion continuó por largo rato; pero Jorge deseaba que recayese acerca de Rodrigo.

— ¿Conoce Vd. á don Rodrigo de Ariza?

— Sí que le conozco, contestó Luisa con tono burlon.

— Decian que era muy amigo vuestro.

— ¿Y nada mas?

— Que os queria.

— Y que yo le aborrezco.

— ¿De veras?

— Podeis creerlo.

— Sin embargo, esta mañana era vuestro favorito.

— Estais muy equivocado: nunca lo ha sido.

— ¿Luego me amábais á mi?

— Sí, Jorge, os he amado y os amaré siempre.

— Y ese fatuo ha mentido indignamente cuando ha dicho que vos le preferiais á mi: gracias, Dios mio, gracias.

— Ya es tarde, retiraos.

— Obedezco, señora.

— ¿Volvereis luego?

— Sí, vida mia.

A las once de la noche principió el baile en casa de la marquesa, siendo la pareja que mas llamaba la atencion los futuros esposos. Jorge extasiado contemplaba á Luisa. ¡Qué dicha llamarse su esposo, ser envidiado de todos y poseer el corazon de aquella mujer tan querida! En aquel momento no habia nada comparable con el gozo de su alma.

— ¿Es verdad, Luisa mia, que habiamos nacido el uno para el otro? ¿Me amarás siempre?

— Siempre, contestó esta con dulzura.

— ¡Mañana serás mia, serás mi esposa! ¡Qué orgullo! ser tu elegido, tu protector, tu amante... ¡Ay! me voy á volver loco con tanta felicidad.

— Jorge, ¿qué mujer puede igualarse á la que posea un alma como la tuya? ninguna. De hoy mas adivinaré tus pensamientos, observaré tus mas pequeñas acciones para no caer en tu desagrado: en fin, solo ocupará mi imaginacion lo que te pertenezca.

— Vida mia...

(Se concluirá.)

**Revista de la moda.**

SUMARIO. — Noticias del Paris elegante. — Las reinas de la moda. — Trajes de pastores de Florian y de bandidos de la Selva Negra. — De la elegancia en Baden y en Ems. — El globo de Nadar. — La ramilletera de Baden. — Trajes de verano, de pesca y de caza. — Dos cazadores dibujados á la pluma. — Descripción del figurin de este número, que representa varios trajes de la temporada.

Nunca como en la temporada actual ha llevado las riendas de la moda el gran mundo parisiense. En Trouville la princesa de Metternich y la condesa de Morny son las reinas de la elegancia. En Baden la condesa de Behague tiene salon abierto; y en Ems la mas graciosa estrella parisiense es madama de Besplas, tan distinguida y encantadora en sus maneras.

Sus rivales en hermosura son las que han hecho esa observacion, lo que prueba toda su superioridad.

Y no obstante, sus trajes son de una sencillez suma.

Hé aquí uno de ellos:

Vestido blanco adornado longitudinalmente de cintas verdes, con un sombrero redondo de paja gris guarnecido con una pluma gris y cintas verdes.

Pero ¿cuál es el gusto de los vestidos masculinos?

Sobre esto diré que los dandys parecen pastores de Florian ó bandidos de la Selva Negra.

Esto depende de su casaquilla y de su sombrero.

En Baden y en Ems cada cual se viste á su modo, de lo que resulta una confusion de trajes sumamente vistosa.

Y sin embargo, la moda parisiense es la única que se halla decretada, pero cada individuo la asemeja á sus gustos, á su posicion y á sus sentimientos.

Los fracs de seda de fular schangai, la tela mas hermosa que se fabrica en la India, presenta un sello de suprema elegancia.

Los guapos mozos llevan estos fracs de color gris claro, maiz ó malva.

Nada es mas fresco ni ligero con una corbata de granadina sostenida con un anillo.

En Paris, un traje como este seria ridículo, pero no sucede lo mismo en Baden.

Los sombreros se adornan con cintas del color de las corbatas, azul, lila, grosella, violeta, azul imperial y encarnado Méjico.

Quizá os será fácil el año próximo el ir á ver todas estas mo-

das cosmopolitas de las márgenes del Rhin, subiendo en globo.

— ¡En globo!

Desde aqui oigo á mis queridos lectores lanzar esta exclamacion:

— Sí, señores, en globo.

Sin duda conoceis á Nadar, el fotógrafo de los fotógrafos, que ha bajado á las catacumbas de Paris á fotografiar el imperio de los muertos, despues de haberse elevado en los aires para reproducir el conjunto de la tierra á vista de pájaro; pues bien, Nadar, con la ayuda de M. de Lalandelle, el novelista marítimo, está haciendo construir un inmenso globo que debe levantarse en Baden en el mes de setiembre.

La navecilla de este gigantesco aparato, mas alto que las torres de Nuestra Señora, podrán contener de sesenta á ochenta personas; estará dividida en compartimientos como el interior de un buque, y se hallará provista de una imprenta y de un taller de fotografía.

La famosa isla volante en la célebre novela de Gulliver, se encontrará pues realizada.

Quién sabe si caerá en la tentacion de ir un dia á sorprenderos, y llegaré así á vuestros hermosos climas para admirar la magnificencia de vuestras flores y la deslumbradora belleza de las hermosas americanas.

Se viajará pues en globo, absolutamente como se viaja hoy por el camino de hierro. Y quizá quizá se fabriquen globos particulares que colgará cada cual de la ventana de su casa, lo que evitará el gasto de caballos y carruajes.

Cuando se quiera emprender una ascension no habrá mas que hincar el globo y suspender la navecilla; ¡qué ganga!

Pero basta de broma.

El globo de Nadar es una verdad.

Todos los puestos están ya prometidos y se pagan muy caros. Baden va á tener una curiosidad mas.

Parece ser que en Baden Isabel la ramilletera tiene una rival tan juiciosa y tan bonita como ella; pero vestida mas sencillamente, pues sus trajes se componen de simples vestidos blancos con un cinturon de cinta de color de rosa.

Ana (este es su nombre) ha nacido en Burdeos, como nacen las cantatrices, las bailarinas, las cómicas, es decir, con una vocacion decidida. La ramilletera lleva en Baden una vida ejemplar; ha entrado de huésped en casa de un tahonero, y todos los dias sale á vender flores de las tres á las ocho en el paseo de la Conversacion.

Pero dejando todo esto, hablemos de las modas.

¿Qué novedades hay?

Trajes de verano, de pesca y de caza.

Para la vida campestre se necesitan diferentes trajes, á saber: de excursion, y de paseo de mañana; — de caza; — de pesca con caña; — de pastor; — y por fin, de comida y de baile.

Tambien hay diversos trajes de caza.

El de caza mayor y el de caza menor.

El primero es muy vistoso, y parece un traje de ópera cómica.

Compónese de una casaca de paño encarnado, en tanto que el cuello, las bocamangas y las carteras de los bolsillos son de terciopelo negro. El chaleco es de paño blanco, y el calzon tambien blanco de piel de gamo ó de punto.

En la cabeza se lleva ya un fieltro redondo y bajo de forma, ya una gorrilla.

El traje para cazar á pié es mucho menos elegante.

La casaca es de pana y lleva una porcion de bolsillos; pantalon y chaleco de lo mismo. Los botones son de metal ó de plata oxidada, con asuntos alegóricos á la caza, como cabezas de lobo, de zorro ó de ciervo.

Para la caza á pié se fabrica una tela impermeable, que permite al cazador recibir un aguacero y penetrar en los terrenos pantanosos.

A fin de establecer mejor la diferencia que existe entre estos dos trajes de caza, os voy á presentar dos hermosos cazadores vestidos al gusto de la época.

El primero lleva orgullosamente una casaca de paño encarnado que se abotona derecha con una hilera de seis botones de plata con cabeza de ciervo, de jabali ó de lobo.

El cuello, las bocamangas y las carteras de las caderas son de terciopelo negro con ribete de galon oro y plata.

Bajo esta casaca aparece un largo chaleco á la Luis XVI, de paño blanco, abierto por abajo hasta cierta distancia, á fin de que quede el juego libre estando á caballo.

El pantalon ajustado es de piel de gamuza ó de punto, y va metido en altas botas y sujeto con una larga trabilla.

El cinturon galoneado, la gorrita, una corbatita blanca y guantes de castor, completan este elegante traje.

El otro cazador, que tiene la escopeta al hombro sencillamente, lleva una especie de jaqueta cuyo aspecto recuerda la levita del ejército italiano.

Cuerpo cruzado con dos hileras de botones; faldones muy cortos y bolsillos al lado.

Bajo esta jaqueta se lleva un chaleco redondo muy largo, ó bien un chaleco alto y cerrado para resguardarse del frio.

El pantalon, que se designa actualmente con el nombre de Nicoboco, es muy ancho de piernas, y se sujeta en las rodillas con una liga.

El Nicoboco exige polainas de lona ó de cuero natural, ó botines de terciopelo adecuados á lo restante del traje.

Mientras llegan las modas de otoño, damos en nuestro figurin el conjunto de varios trajes de la temporada.

El primer personaje lleva un pequeño paletó mezcilla azul y negro.

El chaleco es de chal subido, y el pantalon de anchas rayas cae naturalmente sobre el botito.

Corbata de granadina negra con dibujo azul, guantes claros, zapatos de charol con lazo ó botitos de charol.

Sigue un jovencito con una jaqueta de paño ligero color bron-

**Problema**

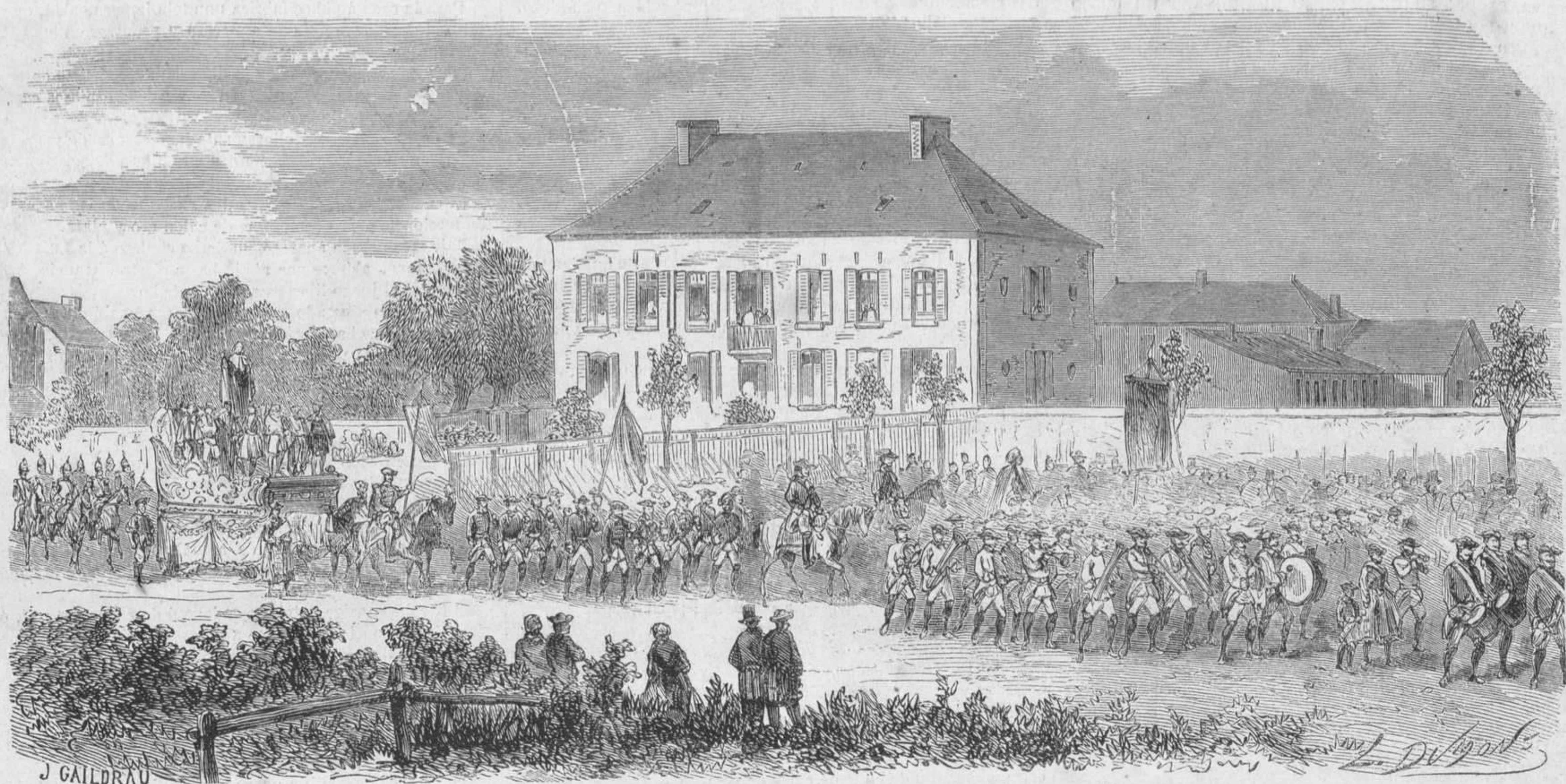
*Solucion a*

- 1 Ra 7ª ARª jaque
- 2 Ra 3ª ARª jaque
- 3 A 6ª Ra jaque
- 4 A 7ª ARª jaque-mate.

**PROBLEMA NUM. 7:**



Las blancas dan jaque-mate



Fiesta de beneficencia en Avesnes (Norte).

mos de la *Independencia belga* algunos pormenores sobre la vida de este magistrado.

M. Fontainas, nacido en Bruselas el 23 de diciembre de 1807, ha sido un hombre muy amante del suelo natal. Así, cuando terminó de un modo brillante sus estudios en la antigua universidad de Lovaina y recibió su diploma de abogado, no pensó en otra cosa que en volver cuanto antes á esa ciudad querida que mas tarde debia elegirle para su primer magistrado. Inscrito en el foro de Bruselas se distinguió prontamente; su nombre vino á ser sinónimo de honradez y delicadeza, y cuando sus colegas le confirieron por unanimidad el cargo de bastonero, se puede decir justamente que jamás recayeron estas funciones en manos mas dignas.

Sus conciudadanos, que tambien pudieron apreciar lo que valia, le designaron para representarle en el consejo comunal de la capital, donde su actividad inteligente le indicó muy luego á la eleccion de la Corona para llenar uno de los puestos de regidor. M. Fontainas estaba en el municipio en su verdadera esfera; bien persuadido de la importancia de las libertades comunales, no ambicionaba mas honor que servir las y defenderlas.

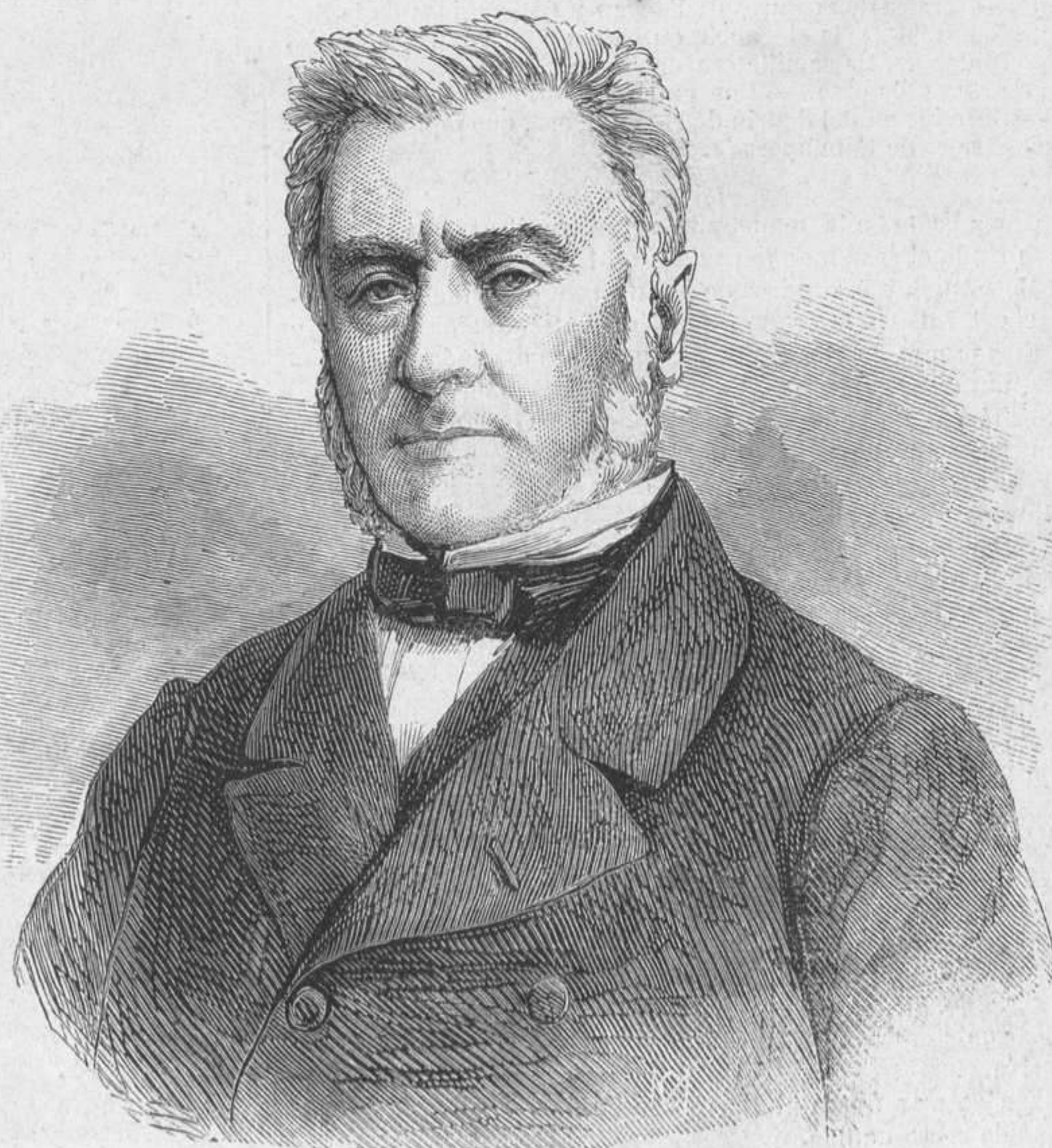
Llamado posteriormente á tomar asiento en el consejo

provincial de Brabante, M. Fontainas se mostró el mismo hombre que era en el municipio, y todos los sufragios le elevaron al sillón de la presidencia.

El 20 de abril de 1860 murió M. Carlos de Brouckere, y este eminente ciudadano habia elevado á tal altura la mision del burgomaestre de Bruselas, que era difícil seguir sus huellas. Primer regidor de la ciudad, M. Fontainas no retrocedió ante su deber: aceptó la carga que las circunstancias le imponian, y supo sobrellevar su peso.

Hace menos de un año, el 16 de setiembre último, en un banquete cuyo recuerdo vivirá largo tiempo aun, un gran poeta habló de M. Fontainas en términos que debemos recordar aquí con doloroso orgullo. «Nunca una naturaleza mas franca se ha pintado en un rostro mas cordial; su apretón de manos dice toda su alma; su palabra es pura simpatía... Por do quiera he oido hablar de M. Fontainas; por do quiera he hallado su nombre y su elogio; es querido en la última aldea como en la capital, no es una popularidad de pueblo, sino de nacion. Se diria que el burgomaestre de Bruselas es el burgomaestre de la Bélgica. ¡Honor á semejantes magistrados! ellos consuelan de los otros.»

P. P.



A. N. Fontainas, burgomaestre de Bruselas.